Camas desde $1 / por Enrique González Tuñón (Continuación)

(Viene de la pág. anterior)

de vivir, reflexionando como Toby Veck, en que no hay nada que llegue con tan exacta regularidad como la hora de comer y nada que llegue con tanta irregularidad como la comida.

Sin embargo, más me atormentaba la indumentaria que el estómago. La miseria del plato de sopa se oculta. La miseria de la ropa, no. Tenía unas ganas bárbaras de cortar toda relación con mi traje y aguardaba la primera oportunidad para abandonarlo.

En el Puchero Misterioso discurrió Indalecio y sus palabras caían indiferentemente sobre el ánimo escéptico de los demás parroquianos.



—¿Vos creés en Dios, rata? — preguntó en tono pueril Pelito Verde. Al ratero le sorprendió la pregunta. Cavilo un instante y luego, acanallando la sonrisa respondió: —No sé si existe o no existe. Pero...

LOS FILOSOFOS DEL FONDIN

El ratero y Pelito Verde pagaron la vuelta de vino tinto. Pelito Verde escupió con ruido, desperezóse y dijo:

—¿Por qué será que siempre a esta hora me acuerdo de la Chilena? Ya no viene por aquí con su perro lanudo del arroyo.

—¡La Chilena! — comentó el ratero. — La conocí cuando no levantaba dos pies del suelo. La seguí después muchacha y supe su rumbo. ¡Qué iba a hacer! Se entregó para pagar el alquiler. Siempre es más triste que entregarse por un collar de fantasía.

El ratero estiró las piernas cuanto pudo e Indalecio opinó:

—Todas son cortadas por una misma tijera. Nunca les faltan disculpas a las perras. Todo lo que se diga es poco. Siento que hay un vacío tremendo en los corazones. ¿La amistad? ¿El amor? La mujer que encontré en mi camino siempre me pidió plata. ¿A quién no le ha ocurrido lo que a mí? Hablá vos, Silencioso, deciles a éstos qué pensás de la vida.

—Yo nunca encontré divertida la vida... — rezongó el Silencioso.

La voz de este hombre parecía salir de un sótano. El color de su piel era terroso y sus ojos opacos, descoloridos. Una vez, refiriéndose a su infancia, dijo con naturalidad:

—Mi madrastra me odiaba. Durante muchos años salía por las noches y me dejaba encerrado en el sótano de mi padre. Seis, siete, ocho, nueve, diez, trece. A los trece me escapé para no verla más.

—Yo nunca encontré divertida la vida... — repitió el Silencioso. Y agregó: ¡Bah! Cuando uno piensa que va a salir el sol, llueve torrencialmente. Esto es vivir al revés. A lo mejor, cuando uno se imagina que todo marcha a pedir de boca, el mundo y la salud, resulta que se aparece la muerte a la vuelta de una esquina y se lo lleva a uno del cogote, así como el cazaperros arrastra al pobre animal enlazado.

—Lo que más me molesta es la desconfianza — dijo Indalecio. — Aunque el hombre ocupe el lugar más inadvertido en la Tierra, siempre hay otro de quien desconfiar.

—¿Vos crees en Dios, rata? — preguntó en tono pueril Pelito Verde.

Al ratero le sorprendió la pregunta. Caviló un instante y luego, acanallando la sonrisa respondió:

—No sé si existe o no existe. Pero creo en Dios. Si no existe, paciencia, no habré perdido nada. Si por casualidad existe, iré con alguna ventaja al otro mundo.

El Silencioso poseía unos centavos y me invitó a compartir su mesa. Ya entrado el día, ofrecióse a pagarme la cama del hotel.

EL HOMBRE DEL "HALL"

Difícilmente podría ganarse la vida un parásito en la puntiaguda calva del hombre del "hall". Usaba una cabeza cónica y lustrosa que sobresalía en el mostrador del hotel donde el truhán desempeñaba monótona función de caja registradora de sueño y de cansancio.

Era un sujeto avaro de palabras, inconmovible en su puesto penumbroso, agazapado en las sombras con olor a humedad de su rincón, desde donde examinaba con ojo cauto de polizonte a cuanto tipo mal o bien entrazado se adelantara por el zaguán, dispuesto a pernoctar a precio mínimo, bajo el techo de alquiler de la ratonera de los desamparados.

En la noche de la desolación el hotel era un foco de macilenta luz. Los inquilinos, hambrones y vividores los más y olvidados del hogar los menos, dividíanse la pocilga con mutua desconfianza, ocultando las ropas bajo la colchoneta y sujetando por los cordones los zapatos maltrechos a los barrotes de hierro de la cama.

Las piezas del fondín daban la sensación aplastante, anuladora, definitivamente amarga, de un hospital de deshauciados.

San Pedro en el refugio de la mala vida, el hombre limpio de pelo cobraba derecho de sábana percudida, tratando con clientes pelambrosos y sucios como perros del arroyo. Su rostro no arriesgaba ni un intersticio de bondad. Siempre con el mismo paisaje huraño recibía al parroquiano corto o largo de bolsillo, no le importaba. Se llamaba Lázaro y cuéntase que había intimado con la muerte en sus correrías de juventud por los cementerios, donde iba a limpiar esqueletos y a permutar sus ropas por las de cualquier difunto, sin temor de que la acción le remordiera el alma, pues comprendía la falta maldita que podían hacerle a un finado los objetos de percha.

De este tuteo nocturno con la muerte se le contagió la indiferencia amarilla con que contemplaba el mundo y sus miserias y vanidades.

—El hombre — pensaba— lleva su destino escrito y tiene que cumplirlo. Inútil será que nos propongamos torcer lo que ha sido establecido de antemano. ¿Que grita desesperadamente un inquilino presa de terribles dolores? ¿Que clama auxilio rogando un médico o un vaso de agua? Su fin está escrito y nosotros no debemos entrometernos en los designios de Dios. Un vaso de agua, por otra parte, no cambiará la ruta de su destino.

Llegado que hubo a esta conclusión, el hombre del "hall" adoptó una pose imperturbable y nunca, ni aun cuando lo llamaran con urgencia, abandonaba su húmedo descanso detrás del mostrador.

ALIAS "EL DESCONSOLADO"

Sólo se le conocía un amigo al hombre del "hall". Era el tal un pillambre, que pasaba las semanas corriendo la liebre y a quien la caja registradora del hospedaje protegía con níqueles y lecho de contrabando.

Quién sabe qué raras sugestiones, qué extraño flúido unió estrechamente estas dos existencias. Lo cierto es que Lázaro extendía su mezquina solidaridad humana a Simón, alias "El Desconsolado".

El alias lo tuvo antes que su profesión.

Cierta noche, Lázaro tuvo con su amigo una desacostumbrada charla:

—Me duele verte así, Simón. Nunca albergan un peso tus bolsillos y estás en condición inferior al mendigo, porque eres mendigo vergonzante. Te llaman "El Desconsolado" por tu facha. ¿Qué haces que no le sacas provecho al físico?

—No te entiendo, Lázaro.

—No me entiendes porque no te das el trabajo de meditar. Piensa, exprímete el cerebro, observa el mundo indiferente y despreciable que te rodea y busca un camino. Ya que no está en tu ingenio ganar dinero como Dios manda procura un vivir de cualquier manera, aun al márgen del Código.

—¿Qué debo hacer, Lázaro?

—Eso corre de tu cuenta. Tu figura acresponada puede rendir pingües beneficios. Tienes el tipo especial del pariente cercano, mejor aún, busquemos un trato más afectivo, de íntimo amigo del difunto. Lee los periódicos. Interésate sobre todo por la sección de avisos fúnebres. ¿Alcanzas a valorar la representación sentimental de un íntimo amigo de todos los finados? ¿A cuántos recuerdos de cambalache te da derecho la farsa...?

—Lázaro, eres un hombre excepcional y un amigo de verdad.

Lázaro permaneció un instante silencioso, sumido en su lúgubre atmósfera.

—¿En qué piensas Lázaro?

—En ella, Simón. He claudicado, desgraciadamente. Yo era un hombre superior al mundo, porque había situado al mundo y sus vanidades debajo de mis pies. Ahora he abandonado esta posición. Soy un pobre cristo perdido; un pobre diablo enamorado.

—Me lastima que hables así. Conoces a fondo el alma humana y podrías ser un dominador si quisieras. Una mujer, vamos a ver, una infeliz mujer de todos ¿va a trastornar tu existencia? Recapacita, Lázaro.

—Ella no podrá querer jamás a un tipo repulsivo, Simón.

—Te pierde el análisis. Por ese camino llegarás a la conclusión de que toda la humanidad es repulsiva.

—Pero hay un disfraz moral que la encubre por momentos. Yo, en cambio, a cada instante provoco repulsión. Si llegara a recordar mi niñez, lo cual es imposible, creo que me salvaría.

Lázaro hizo una pausa. Luego continuó hablando con ronca entonación.

—El recuerdo de mi existencia, Simón, se inicia en la tapia de un cementerio. Me acuerdo como si fuera hoy de la primera noche en el otro mundo. Saltaba el paredón con la seguridad de que nadie chillaría. Alejándome de la vivienda del sepulturero, no corría peligro. Por otra parte, el sepulturero es un ser pueril y alucinado en la oscuridad del camposanto y difícilmente se arriesga a salir de la cueva en la noche.

Caminaba pegado a la pared de las bóvedas, por las callecitas estrechas de la ciudad dormida eternamente, enfocado a ratos por luna de paz, blanca como un sudario.

Poco trabajo me costó forzar una puertecita y menos aún el cajón depositado, según me enteré por la fecha, esa misma tarde. El finado representaba cincuenta años. Tenía la barba crecida, las manos cruzadas sobre el pecho y entre ellas, un crucifijo de oro. Le quité la cruz y un anillo de compromiso de oro labrado y gastado. Ya me disponía a taparlo de nuevo cuando sorprendí un objeto de plata que atrajo mi atención. Era un reloj antiguo que llevaba grabada esta leyenda: "A ...". "Recuerdo de nuestras bodas de plata".

A decir verdad, la dedicatoria me conmovió. Pero, instantáneamente, pensé en la inutilidad de un reloj en ese sitio y resolví guardármelo. ¿Para qué necesita saber la hora un muerto? La hora de los muertos es una sola, eternamente quieta.

Como ves, Simón, mi juventud es una aventura macabra. Algo se me pegó de eso. Hay un halo mortuorio en mi figura, que la hace repulsiva, como te decía. Claro está que un hombre que se decide a violar las fronteras del más allá debe tener un punto de vista filosófico. Mi punto era éste: el mundo no vale una colilla de mal tabaco. La humanidad es pequeña, miserable, sórdida. Un semejante mío es mi enemigo y mi estorbo. Debo continuar mi destino salvando inconveniencias, con el alma y el corazón de piedra. Pero he aquí que como una gota de agua el amor ha horadado la piedra de mi corazón. Soy un hombre terminado.

—¿Tanto la quieres, Lázaro?

—De ella depende mi vida. Háblale de mí. Preséntame bajo una faz humana y descúbrele mis sentimientos.

—Esta misma noche le hablaré a la Nucha de ti.

Lázaro hundióse de nuevo en la negrura de su ánima y Simón el Desconsolado despidióse con un ademán.

LA NUCHA

El hombre del rostro barbudo, apodado "El Zurdo", (por no hacer cosa a derechas), llegó más temprano que de costumbre y se detuvo en un pasillo, con el dueño Solano. Un grave contratiempo obligábalo a depositar en la confianza del patrón la mercadería prohibida.

"El Zurdo" hablaba con sorda ronquera:

—Si el comisario no le arregla el asunto y la pasan a disposición del juez, la Nucha tendrá una buena ración de sombra.

—¿Quién la entregó? — inquirió Solano.

—Para mí que fué el Mataco, que siempre le compraba al fiado. La Nucha le cortó el crédito y el Mataco le sopló el trabajo.

—¿Sabes si consta en el sumario la probanza del delito?

—¡Cómo que le han secuestrado treinta gramos y no sé cuantas ampollas! Si la apuraron en el interrogatorio habrá confesado que ése era su vicio, lo cual en parte es verdad, porque la infeliz Nucha se dió a la morfina y es súbdita de la jeringa. Así anda la pobre. Flaca, atontada, con un brillo extraño que agranda sus ojos. Puede ser que si le niegan su dosis le falle la voluntad de negar cómplices y me venda.

—¿Tuvo ya otros accidentes como éste? — volvió a preguntar el dueño.

—Ni se duda. La Nucha tiene un prontuario más largo de leer que un novelón.

Y era cierto. La Nucha era mujer de historia y prontuario. La arrancó de su hogar un trotamundos cuando recién se asomaba a la vida y fué rodando tristezas con una compañía de cómicos lastimosos, por no decir bandoleros, enredada en amorío con un traspunte madrileño a quien de herencia le venía el apodo del Pollo de la Cigüeña. El tal pollo, muy luego abandonó el arte y la abandonó a ella para graduarse de charlatán de plaza pública.

En jiras trágicas a través de innumerables pueblos fué cumpliendo etapas de miseria. En fracasos sucesivos y alarmantes supo del ayuno obligatorio y de las fugas nocturnas de los fondines, mientras el sueño anulaba la violenta hostilidad del patrón, nacida de deudas incobrables y otros escarmientos.

> ME ACUERDO COMO SI FUERA HOY DE LA PRIMERA NOCHE EN EL OTRO MUNDO, dice uno de los cinco trágicos personajes de esta historia honda, historia de delito y de dolor, historia de demonios y de ángeles en el horroroso escenario de un infierno terrenal.

Era segunda tiple de la farándula hambrona cuando la compañía disolvióse en el vacío de la carpa de espectáculos. Entonces, sin recursos y sin saber adonde ir, la Nucha vistió la sonrisa de la florista de café concierto. Pequeña, menuda, de mirar dulce y ternura de reconciliación con todos los sinsabores padecidos, la pobre criatura atada a un destino fatal, intimó con gente baja, toda esa ralea de breguistas, tahures y viciosos, cuyas existencias animábanse al amparo de la noche.

El consejo dañino llevóla al comercio de tóxicos. Ofrecía con una flor lo que ella llamaba "mercadería noble", sin mezcla de bicarbonato, a una clientela numerosa.

La primera vez que la policía cayó sobre ella lloró todas sus lágrimas de novicia. Arrodillóse ante el comisario y le rogó mil veces perdón, jurándole que no volvería a vender drogas y que no pararía hasta encontrar un empleo honesto. Pero de nada le valió el correctivo y reincidió en cuanto recuperó la libertad. Volvió a caer otra vez y otra y otra. Hasta que su prontuario, como dijo "El Zurdo", era más largo de leer que un novelón por entregas.

Ahora estaba para su desgracia en el encierro, arañándose el rostro, gimiendo por culpa del vicio, desconsolada, enloquecida, ojerosa y flaca, como si la hubieran chupado las brujas.

Solano guardó bajo llave el paquete que le diera "El Zurdo" y lo despidió en la puerta del hostal.

EL ENEMIGO DEL SOL

Indalecio vivía solo como un hongo. Conocía por experiencia todas las fondas de la ciudad, y lo mismo dormía en una cama de un peso que en el banco de una plaza pública.

Cuando hablaba en el Puchero Misterioso solía utilizar el truco del ceño hosco que no asustaba por cierto a ninguno de los que lo escuchaban. Sólo sonreía a las criaturas y a veces gastaba con ellas las monedas necesarias para pagar un pan y un pedazo de carne.

Vagabundo incorregible, Indalecio era un pájaro de noche. Llamábase a sí mismo "enemigo del sol".

—El sol — decía — es sonrisa y yo mueca amarga. El sol es fiesta y yo funeral. Lo aborrezco tanto como a la multitud feliz.

Los días asoleados lo mortificaban. Era otro ser en tormenta. Era un hombre con júbilo interior, deslizándose entre los hilos de la lluvia, gozando del malhumor de la gente, tan parecido a su viejo malhumor.

Vendía diarios y recién con la claridad naciente encaminábase al hospedaje. Unas noches, camino del "Dollar", acompañaba a un chocolatinero correntino mordido por la tuberculosis, que apenas podía sostenerse en pie. Otras, dirigíase al "Internacional" de la calle Bernardo de Irigoyen, o al "Las Palmas", conversando de cosas absurdas y descabelladas con el explorador apócrifo que posaba por truco fotográfico junto a las Pirámides, o con el viejo Ruiz de Albornoz, cajista de imprenta, apóstata y borracho consuetudinario, famoso por la cantidad de sal con que condimentaba su sopa, a quien Dios tenga en su santa gloria.

Indalecio odiaba tanto al sol como al orden social. Tenía siempre una palabra explicativa y bondadosa para el delincuente y un término cortante para los jueces.

Cierta vez me dijo:

—Ese tipo que descuartizó a la mujer es un infeliz. Lo compadezco y explico su crimen. La mujer lo cargaba con tremenda insistencia y tuvo que matarla. Cometido el hecho comenzó a sentir miedo. Un miedo atroz, indescriptible. Fué el miedo el que extravió su cerebro hasta hacerle concebir el descuartizamiento. Me indigna que todo el mundo lo condene como si todo el mundo fuera bueno. Vamos por partes: yo he golpeado en más de un rancho buscando un hueco para pasar la noche y me largaron los perros. ¿Eso es bondad? El mismo juez que interrogó al criminal, lo acosó a preguntas, le hizo reconstruir el crimen con la colaboración de una "yiranta" que encarnaba el rol de la víctima, lo obligó a reconocer los restos informes, espantosamente putrefactos, de la mujer. ¿Esa es bondad?

Me río de la bondad del mundo y de la justicia de los hombres. Ahí tienes a la Nucha. Hace unos años le permitían que vendiera drogas a todos los viciosos de Buenos Aires. Ahora la persiguen, la encarcelan y le niegan la dosis de morfina que necesita para seguir muriendo lentamente. Antes era la amante del comisario. Ahora, la pobre es un deshecho.

Eran las tres de la mañana. La lluvia caía melancólicamente sobre la ciudad.

Caminábamos juntos, con las ropas mojadas y el sombrero echado hacia atrás. Cada uno con su pensamiento, dejando la pena adentrarse al alma.

Y yo me pregunté:

—¿Por qué habrá muerto mi madre?

Recordé su voz en la soledad de la noche.

—Tienes que estar alegre, hijo mío. Ojalá que nunca te falte el calor del hogar.

Lo he perdido. Soy un hombre anónimo, un dolor anónimo, en la desolación de la tierra. Quisiera llamarla desesperadamente y levanto al cielo la mirada. ¿En cuál estrella se habrá asomado para proteger mis pasos?

Indalecio me toma del brazo diciéndome:

—Tristeza, tristeza, tristeza, amigo mío...

NO HAY CAMA

En la puerta del hotel recórtanse las figuras de dos facinerosos. Al acercarme me observan con minuciosidad de policías y en el instante de transponer el umbral, uno de ellos musita:

—Parece un chorro...

Voy subiendo la escalera del hotel y el edificio me pesa sobre el alma. Por primera vez cuento los peldaños. Son setenta y cada uno se empina en mi orfandad. En el "hall" descubro a un amigo lejano y siento que me mortificaría si supiera que todas las noches duermo allí. Quiero disimular y explicarle que he perdido el tren, un tren cualquiera que pudiera llevarme a un hogar. Pero, el hombre del "hall" descubre mi intención y no me da tiempo a mentir. Con sorna, seguro de que me está haciendo daño, deja caer estas palabras:

—Amigo, hoy no hay cama para usted... Ni de un peso ni de un peso cincuenta.

EL DUEÑO SOLANO

Solano llevaba un alma embadurnada de fango que atisbaba en las cuencas de sus ojos, profundas y alevosas. Cínico y calculador, tasaba con mezquindad de usurero las cosas más puras y nobles de la vida. Tuvo una infancia pícara y de él puede decirse que fué un malvado precoz.

Era un niño y ya engañaba con sonreir inocente sus instintos perversos. Realizaba el mal con hipocresía de cucarro cuando sabíase libre de curiosos que pudieran delatarlo; astillaba los muebles; escribía en los muros la frase grosera e hiriente contra el vecino; escaldaba el gato de la casa y el ajeno; enloquecía a los perros con puñados de pimienta y desnudaba de plumas a las gallinas para disfrazar con ellas a un inefable hermanito que sollozaba en carnes chorreando brea.

Cuando el truhán cumplió los doce años desvalijó a su padre y huyó del pueblo. Anduvo en correrías delincuentes y aprendió de memoria el Código Penàl en sucesivas experiencias presidiarias.

En Madrid, y después de una visita de incógnito al comisario general, sus compañeros de cadena le hicieron el vacío desconfiando de su conducta y asegurando que se dedicaba al vil oficio de soplón.

Una rara coincidencia venía a confirmar las dudas de sus camaradas. Solano planeaba los golpes, recibía su parte y exhibíase en lugares peligrosos mientras los demás ejecutores eran atrapados inevitablemente por los polizontes.

Después de perpetrada la audacia sólo el pillo Solano disfrutaba libertad.

La fama de alcahuete que se echó encima lo obligó a distanciarse de ladrones y asesinos y a poner más que de prisa el océano de por medio. Al llegar al puerto de Vigo, un malandrín del montón saldó la cuenta que tenía pendiente Solano con un tremendo tajo que iba de la creja a la barbilla.

Mal parado el soplón apresuróse a embarcar y se vino a Buenos Aires con la humillación del barbijo, marca infamante que nunca jamás podría borrar.

En el ocio del viaje imaginó la clase de comercio que habría de disimular sus mañas y al poco tiempo de su arribo iluminaba en el frente del caserón colonial venido a parador de pobres, el triste cartel que anunciaba: "Camas desde un peso".

EL LECHUZA

El ex picapleitos, sabio en tramoyas, vivió siempre a expensas de la viuda y del huérfano. Ave negra y de rapiña, cazador de herencias al vuelo, vestía siempre de luto como los pobrecillos a quienes desplumaba. Era una rata de tribunales que se alimentaba con restos de antiguos expedientes de sucesiones y hurgaba en el dolor y se apoderaba con cautela suma de los bienes que los afligidos dejaban al alcance de sus manos.

"Lechuza" —tal apodo habíaselo ganado por méritos propios— rodeábase de una atmósfera fúnebre. Gastaba indumentaria de portero de velorio, cara compungida de deudo cercano y falso mirar de heredero que apresura un desenlace fatal.

Era el primero siempre en dar el pésame y en pronunciar la palabra confortativa y el último en abandonar la cámara mortuoria.

En un altillo de maloliente pino meditaba su estrategia delictuosa sin salirse de las concesiones de la ley. Allí transcurría su existencia de solitario mal intencionado y ruin, entre una papelería amarillenta y pringosa, alumbrándose con cabo de vela hurtado en capilla ardiente.

Pero el dinero mal habido se le iba a Lechuza en pequeños vicios inconfesables. De ahí que un día se encontrara en la calle sin asunto jugoso ni perspectiva de engañarlo, larguirucho y lúgubre, figura decorativa de bodegones y fondines en cuyas mesas dióse a cerebrar proyectos y a urdir maquinaciones en perjuicio del ingenuo prójimo.

Fué tenedor de libros en el almacén de bebidas donde había echado raíces y perdió el empleo porque intentó llevar con los libros las ganancias del negocio.

Entonces rebajó sus miras y dejó de soñar herencias cuantiosas para dedicarse al engaño y al fraude al por menor entre los parroquianos ebrios y los extranjeros infelices cuya inconsciencia alcohólica velaba sus maniobras.

De tan mala manera el picapleitos dejado de la mano de presuntos herederos agenciábase el escaso caudal con que pagaba derecho de cama en el hotelucho de Solano.

MUERTE DE LA NUCHA

La Nucha murió en el calabozo apretando entre sus manos la jeringuilla de morfina. Nadie supo cómo se proveyó de la ampolla. Lo cierto es que cuando el guardián abrió las rejas, la halló exánime en un ángulo del encierro. Al correr los cerrojos la supuso dormida y la gritó:

—¡Eh, Nucha! ¡Eh, Nucha! ¡Vamos, arriba!

Al ver que no le obedecía,

(Concluye en la pág. 7)

PENETRACION

En nuestra época, el poder de penetración en las almas parece privativo de los jóvenes. Mientras los viejos andan todavía patinando por la superficie regastada, los jóvenes se zambullen en las profundidades del mundo, para resurgir luego con la retina cargada de visiones entrañables.

Uno de esos jóvenes buzos de almas es Enrique González Tuñón, de cuyo poder de penetración espiritual responde ampliamente este relato suyo de la miseria porteña, de la miseria de las grandes ciudades, de la miseria universal.

"Camas desde un peso", no es el primer esfuerzo literario de González Tuñón, pero es uno de los más valientes y plenos que ha realizado.

ENRIQUE GONZALEZ TUÑON

"Arganas 'e Penas"

(Especial para CRITICA).

—¿P'and'es que vas, Basilio, con tanta carga?
—Hast'el cambio'e la luna, siempre derecho.
—El "macho" que se duebla bajo las árganas,
no deb'estar al óirte muu satifecho.

—¿Venis'e lejos?
—¡Tanto! que ni ricuerdo
si jué inviern'o verano, cuando arrancara;
—Lo que trujis'e lindo, ¿púedo saberlo?
—¡Cuándo no habrás podido lo que desiaras!

Guayaba y ñandutises'e Viya Franca;
chinchiyas'e Socompa; matras di Oruro;
arrop'hecho en los toldos di Antofagasta
y vainas di algarrobo del Río Segundo.

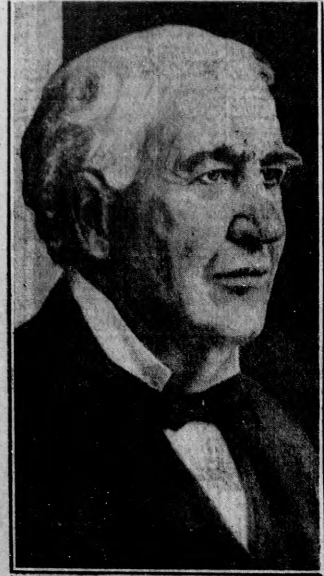
—¿Y qué cargás en ésta, qu'está tan yena?
—Sabelo por tus ojos.
—¡Di aire'ta inflada!
—¡Dejuro! si áy en ésa yevo mis penas...
y mis penas son aire pa'tu mirada.

Arsenio Cavilla Sinclair

La Vida De Un Grande Hombre Relatada Por Otro Grande

Tomás Alva Edison, por Henry Ford

LA Maravillosa Vida del Inventor Edison es una Constante Lección de Moral y de Eficacia. Ford — Otro Hombre Eficaz — ha Sabido Ofrecer en Forma Amena esa Lección Ejemplar.



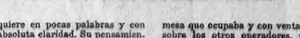
TOMAS ALVA EDISON





ARRIBA: Edison y Ford en una de sus habituales reuniones. ABAJO: El chalet de Edison, en Detroit

Dos de las fotografías más recientes del genial inventor. En una de ellas, Edison aparece con un ramo de flores, de las que es gran aficionado, y en las dos se revela con su característica de hombre democrático, a quien la gloria no ha sacado de su sencillez



EL INVENTOR EN LA época de su apogeo, retratado en el laboratorio que vió lucir por primera vez la lámpara incandescente



DESDE que en 1896 se conocieron fortuitamente (el uno siendo ya inventor célebre, y el otro no más aún que un ingeniero de fábrica), Tomás Alva Edison y Henry Ford no interrumpieron jamás una amistad estrecha. Para Ford, que empezaba su carrera industrial y acababa de inventar un automóvil a gas, la relación, la aprobación y el consejo de Edison fueron un factor decisivo de éxito. No podía olvidarlo nunca; mucho menos cuando la posterior actuación de ambos los llevó a uno y a otro al mismo camino. El inventor siguió dando sus buenos consejos al ingeniero y promoviendo su gratitud, además, con su formidable obra humanitaria; y el ingeniero fué admirándole cada vez más y tratando de asegurar su gloria. A Ford se debe, en iniciativa, en trabajo y en dinero, la instalación del gran museo edisoniano, donde el visitante puede contemplar, reconstruídos e imitados, el primer laboratorio del mago, su primera fábrica, el lugar y los instrumentos de la invención y fabricación de la lámpara incandescente y de algunos de los más célebres aparatos que se deben a Edison, como el fonógrafo, y la primera ciudad, en miniatura, que tuvo la iluminación de esa lámpara. Cree Ford que "el espíritu americano del esfuerzo, representado plenamente en Thomas Alva Edison, es la riqueza real" de Norte América, y, por consiguiente, quiere que se conozca, que se venere, que perdure en la memoria de las gentes, para ejemplo. Por eso, no por satisfacer una vanidad inexistente, se dedica con amor el célebre industrial a glorificar a su insigne amigo. Por eso, acaba de publicar, en un delicioso libro, una amena biografía del inventor, compuesta, en especial, con los datos y elementos que conoce por la boca o por la pluma del mismo Edison, a veces con el propio relato, entre comillas, del biografiado. Es el libro de un grande hombre escrito por otro grande hombre. Sirve para conocer a uno y para despertar curiosidad sobre el otro. Un documento contemporáneo de indudable valor. De su traducción española, que en estos días ha editado M. Aguilar, extraemos algunos pasajes interesantes, sobre todo el referente a la infancia de Edison, que es el tramo de la vida del inventor acerca del que corren mayor número de leyendas y también el más instructivo.

NACIMIENTO

EDISON procede de buena estirpe americana. Sus antepasados, al emigrar de Holanda en 1730, se establecieron junto a Passaic River, en New Jersey, no lejos de donde Edison ha pasado la mayor parte de su vida.

Su padre, Samuel Edison, era hombre de una capacidad general, considerablemente superior al término medio; sentía también esa repugnancia que se observa en el hijo para conservar el interés en cualquier proyecto o descubrimiento, una vez que las dificultades principales han sido vencidas y que la cosa marcha ya segura.

Su madre era hija menor de un pastor de la iglesia reformada, el reverendo John Elliot.

Profesaba Edison a sus padres un gran respeto. Ellos no le entendían perfectamente como niño, ni nadie hubiera podido entenderlo. Hicieron cuanto estuvo en su mano para ayudarle a valerse a sí mismo, en la creencia firme de que él sabía lo que se hacía, o por lo menos lo sabría algún día.

Su madre empezó su educación enseñándole personalmente, y lo alentó en las lecturas de aquellos asuntos que más le interesaban.

Es probable que Edison hubiera triunfado cualesquiera que fueran las circunstancias; pero su genio pudo desarrollarse más rápidamente porque sus padres le ayudaron siempre que sabían cómo podían hacerlo, y nunca se opusieron a su proyectos.

La familia se estableció al oeste de Milán (Ohio), y allí nació, el 11 de febrero de 1847, Thomas Alva Edison. Allí estuvieron hasta 1859, en que se trasladaron a Port Huron (Michigan).

MEMORIA PRECOZ

La memoria de Edison se remonta mucho más lejos de lo ordinario. Un día en que discutíamos cuál de los dos podía recordar incidentes más remotos, escribió en una hoja lo siguiente, como sus recuerdos más lejanos:

"1° Gateando para obtener un dólar mejicano que me daba el pretendiente de mi hermana".

"2° Sostenido en brazos de alguien presenciando el casamiento de mi hermana con el mismo joven".

"3° Tres carros-vagones, camino de California, que acamparon cerca de nuestra casa".

Estos acontecimientos, que recordaba claramente, habían ocurrido entre 1849 y 50; tenía, pues, de dos a tres años.

En cuanto a mí, mi recuerdo más lejano remontaba al día en que mi padre me llevó de la mano a ver un nido de gorriones, contando yo tres años y medio. Desde entonces, fué este mi pájaro favorito.

GRAN LECTOR

Nada notable para el joven Edison ocurrió durante su permanencia en Milán. La casa donde nació se conserva exactamente lo mismo, y la habita todavía un miembro de la familia. Es sencilla, construída en ladrillo sólido, y del tipo corriente en la región, un sólo piso con áticos. Está situada en una colina, en sitio bastante agradable.

En realidad, los Edison no fueron nunca pobres. Siempre tuvieron una buena casa y de lo suficiente para comer y vestirse. Se ha dicho que Edison se crió en la más absoluta pobreza. Esto es pura fábula. Sus padres hubieran podido subvenir muy bien a sus necesidades ordinarias; pero el muchacho desarrolló más tarde tales exigencias, que ninguna familia en circunstancias hubiera podido hacerlo.

Su vida real puede decirse que comenzó en Port Huron, en una casa destruída después por un incendio.

Asistió Edison en Port Huron a la escuela pública durante tres meses, y en ella recibió su primera instrucción. En seguida su madre lo sacó para instruírlo ella misma. Mistres Edison, que había sido profesora, comprendió el temperamento del muchacho y lo salvó de los malos efectos que puede producir una gran repugnancia a la escuela.

Rápidamente aprendió a leer, y puede decirse que no ha dejado de leer desde entonces. Es imposible citar un libro de cierta importancia sobre cualquier materia que él no haya leído.

Encontré yo un ejemplar de la "Filosofía Natural y Experimental" de Richard Creen Parker, publicada en 1856, que era el mismo libro de texto que estudié en la escuela, y resultó este el primer libro de ciencia que él había leído.

En la primera hoja escribió: "La "Filosofía" de Parker fué el primer libro que leí, cuando tenía nueve años". Lo apunté como el primero que había entendido.

UN QUIMICO

El libro contenía cuanto se sabía de ciencia por aquel entonces. Abarcaba todo, desde las máquinas de vapor hasta los globos y también toda la química que se conocía, junto con centenares de distintos experimentos.

No era, ciertamente, un libro para niño de nueve años; pero era el libro que él buscaba y le proporcionó las primeras perspectivas del mundo científico. Parecía que el Destino lo había forjado para aquel mundo.

En el curso del tiempo hizo casi todos los experimentos que figuran en el libro; pero antes que todo, los químicos, porque en el fondo Edison era, y es todavía, un químico.

EXPERIMENTADOR

Era característico en él realizar por sí mismo los experimentos, en lugar de suponerlos ya comprobados.

Siempre ha hecho lo mismo; comprueba para sí cualquier experimento científico, para estar convencido de que es una realidad y también para descubrir el "por qué".

En el sótano de su casa instaló un laboratorio, y los centavos que caían en su manos se convertían en la droguería del lugar en productos de química.

NECESITA DINERO

Continuó sus lecturas; pero pronto sus exigencias de material para experimentos se hicieron muy grandes para las pequeñas cantidades de dinero que un chico puede obtener de su padre, y esta fué la causa—y no la pobreza de su familia, como se ha dicho—que le impulsó, cuando contaba de doce a trece años, a ocupar un puesto como vendedor de periódicos en el Grand Trunk Railway, que hacía el servicio entre Port Huron y Detroit.

Si su familia se lo permitiera, hubiera solicitado este puesto. Al fin, consintió en ello porque el empleo no implicaba la necesidad de vivir fuera de la casa paterna.

Para Edison el dinero ha significado siempre únicamente el medio para hacer experimentos. Jamás le ha interesado por sí mismo; y es también uno de los pocos inventores en el mundo de la ciencia que se ha mantenido con sus propios recursos y que ha ganado dinero para emprender la obra que la parecía más útil e interesante.

CANILLITA Y PERIODISTA

Como es sabido, instaló un pequeño laboratorio en el departamento del tren donde vendía sus periódicos, y los gastos de este laboratorio pronto sobrepasaron sus ganancias, de modo que se vió obligado a buscar más ingresos.

Esto le impulsó a publicar un pequeño periódico: el "Heraldo Semanal", que imprimió en el mismo tren.

Aquella prensa original no ha podido ser hallada; pero he descubierto una construída por el mismo fabricante, la cual es un exacto duplicado del original, según me ha asegurado Edison. Lo notable del caso no es que el muchacho publicara un periódico por primera vez en un tren, ni tampoco que lo hiciera tan perfectamente en tan temprana edad. Lo interesante es que sintiera tan irresistible prisa de ser un hombre de ciencia, que su ingenuidad lo inclinaba en cualquier dirección donde pudiera ganar dinero para proseguir el trabajo que realmente le interesaba.

EXPULSADO DEL TREN

En aquel tiempo, como es natural, no conocía todavía el verdadero trabajo que debía emprender; pero sabía que debía descubrir las propiedades de la materia antes de poder hacer algo con ella.

No era simplemente el chico inteligente que aspira a ganar dinero; él quería el dinero sólo para un fin. Todo centavo que no gastaba escuetamente en mantenerse, lo invertía en libros o en sustancias químicas.

A los quince años conocía perfectamente todos los fundamentos de los conocimientos científicos de aquellos días.

Conservo un ejemplar de su pequeño periódico, y es una página realmente interesante.

Edison ha tenido siempre la habilidad de expresar lo que quiere en pocas palabras y con absoluta claridad. Su pensamiento es siempre claro, y por eso lo que escribe es también claro.

En el laboratorio del vagón de ferrocarril dejó caer un día unos fósforos. Este descuido originó un incendio, y mientras Edison trataba de extinguirlo, llegó un inspector del tren.

Alrededor de esto se ha forjado una pequeña leyenda, según la cual, el empleado abofeteó con tal violencia a Edison, que le dañó los tímpanos, y desde entonces data su sordera.

Es cierto que el conductor descubrió el fuego y que ordenó a Edison que desalojara, él y su laboratorio, en la estación próxima, que era la de Smith's Creek, en Michigan; pero lo del abofeteamiento no es verídico.

SU SORDERA

Dudo, además, de que aquello hubiera podido suceder, porque aunque Edison había sido un niño débil, estaba adquiriendo ya en aquel tiempo la energía, la fuerza y la contextura que ha conservado a través de los años.

No era de ninguna manera lo que se llama pendenciero—siempre ha considerado las pendencias como una pérdida de tiempo;—pero sabía defenderse y no pertenecía a esa clase de individuos que se deja acobardar por cualquiera.

Su sordera se originó de muy distinto modo. El mismo me lo refirió, enseñándome el lugar cerca de Fraser (Michigan):

"Me había retrasado esperando algunos de mis parroquianos de periódicos—me explicó,—y el tren se puso en marcha. Corrí detrás de él a toda velocidad y conseguí sujetarme en el estribo trasero; pero a duras penas hubiera podido subirme solo, porque estaba entonces muy alto.

"Un empleado del tren me vió y me agarró por las orejas. Sentí un crugido en los oídos, y creo que desde entonces empecé a quedarme sordo. El incidente que se ha contado por ahí no ocurrió nunca. Sí, es cierto que fué el empleado del tren el que originó mi sordera, lo hizo cuando me salvaba la vida".

Bien pudiera ser esta la causa originaria de su enfermedad; su sordera extrema data de una operación de mastoiditis que sufrió hace algunos años.

SER SORDO

En oposición a las informaciones que por ahí circulan, no se ha alegrado nunca de estar sordo. Lo que ocurre es que es el tipo de hombre capaz de convertir un mal físico en una ventaja.

En lugar de deplorar la pérdida del oído, entrevió la posibilidad de descubrir algo para lo cual un sordo pudiera ser más útil que un hombre de oído normal.

Una vez me dijo que personalmente hubiérase alegrado de recobrar el oído; pero que en la actualidad era más útil a su patria a causa de su sordera.

En otra ocasión me dijo: "Esta sordera me ha favorecido en distintas ocasiones. Por ejemplo, cuando en una oficina de telégrafos podía sólo oír el instrumento directamente sobre la mesa que ocupaba y con ventaja sobre los otros operadores, no me molestaban lo más mínimo los demás ruídos. También cuando haciendo pruebas en el teléfono tenía que mejorar el transmisor de modo que pudiera percibirlo claramente. Esto originó el teléfono comercial, porque el receptor del teléfono de magneto de entonces era demasiado débil para ser empleado como transmisor comercialmente.

"Lo mismo sucedió con el fonógrafo. El defecto grande de este instrumento estaba en no reproducir la armonía en música y en dar las consonantes silbadas en la conversación.

"Por espacio de un año trabajé veinte horas al día, sin descansar siquiera los domingo, para obtener la palabra specie perfectamente reproducida en el fonógrafo. Cuando lo hubo logrado, tuve la seguridad de que todo lo demás podía hacerse lo mismo, lo cual fué una realidad.

"Otra ventaja de mi sordera: mis nervios han permanecido incólumes. Muchos sonidos perturbadores no llegaban a mis oídos".

ELECTRICISTA

Fué un incidente puramente casual lo que llevó a Edison al vasto campo de la electricidad.

Su principal trabajo de muchacho se había efectuado en la química, y aunque todo le interesaba y había hecho también algunos experimentos en electricidad, no tenía la menor idea, según me ha dicho, de ser algo más que un químico.

Durante su vida en el ferrocarril tuvo ocasión de tratar con operarios de telégrafos, y lo ayudaron en su periódico. Observó que disponían de muchos ratos de ocio y sabía que estaban muy bien pagados.

El necesitaba tiempo para sus experimentos y necesitaba dinero para proporcionarse material de química, porque cuanto más profundizaba en sus estudios, más y más grandes iban siendo los gastos.

Por estas razones consideró que un puesto de telegrafista le convendría más que el complicado empleo que él mismo se había buscado como vendedor de periódicos. La oportunidad de aprender el manejo se presentó de un modo imprevisto.

HUMILDE HEROE

En agosto de 1862, encontrándose en la estación de Mont Clemens, vió a la niña del jefe de la estación, J. O. Mckenzie, arrastrándose por la vía, frente a unos vagones que avanzaban. Rápidamente se apresuró a recogerla y la condujo ante su padre. Es cierto que no arriesgó su vida y que el coche apenas le rozó, pero salvó la vida de la niña.

Para demostrar su agradecimiento, el padre enseñó al joven Edison los elementos de la telegrafía.

El muchacho aprendió rápidamente, y pronto se convirtió en un operario experto, uno de los mejores, si no el mejor, de la región, apto para enviar o recibir los mensajes.

El empleo, que eventualmente lo llevó por toda la región, era sólo un medio para conseguir el

fin) pero lo condujo hacia la electricidad y lo desvió de hacerse primeramente famoso químico.

Aquel incidente inició el período en la carrera de Edison, durante el cual se nos dió la luz incandescente y el sistema entero de la energía eléctrica, que ha sido llevado a la industria moderna.

LA LAMPARA

Oigamos al propio Edison referir su negocio posterior con el más útil de sus inventos, el de la lámpara incandescente, cuyo cincuentenario se celebró el año último.

"El primer año, las lámparas nos costaron, aproximadamente, un dólar y diez centavos cada una. Las vendimos a cuarenta centavos; pero fué sólo una cantidad de veinte a treinta mil.

"El año siguiente nos costaron sesenta centavos; las vendimos a cuarenta. Hubo un gran número de pedidos y perdimos más dinero el segundo año que el primero.

El tercer año, mejorando la maquinaria y cambiando algunos procedimientos, logré que la lámpara nos viniera a costar unos cincuenta centavos. Las vendí aun a cuerenta y perdí aquel año mucho más que en ningún otro, porque las ventas aumentaban rápidamente.

"El cuarto año conseguí hacerlas en treinta y seis centavos y entonces recuperé en un año todo lo que había perdido en los anteriores.

"Finalmente, pude fabricarlas al costo mínimo de veintidós centavos y las vendía a cuarenta: se fabricaban a millones.

"Entonces la gente de Wall Street pensó que era un negocio muy lucrativo, determinaron tenerlo y nos lo compraron".

UN INVENTO UTIL

En 1868 sacó Edison una patente para un invento que tenía por objeto el registrar con toda rapidez y exactitud la votación de un cuerpo legislativo. Tenía la impresión de que el Congreso, sobre todo, necesitaba su invento, de modo que el tiempo perdido en la votación pudiera ser empleado en mejores causas. Todavía se ríe cuando recuerda la acogida que se dispensó en Wáshington a su primera creación:

"Fué expuesta ante un comité que tenía algo que ver con el Capitolio. El presidente del comité, después de haber observado lo rápida y perfectamente que funcionaba, me dijo: "Si existe en el mundo un invento que no necesitamos para nada aquí, es seguramente el suyo, joven. Una de las mayores armas en manos de una minoría para evitar la mala legislación consiste en filibustear con los votos, y este instrumento lo impediría".

Comprendí la verdad de esto porque en mis tiempos de telegrafista encargado de la prensa, había yo tomado miles de sesiones del Congreso y hasta hoy se desperdicia una enorme cantidad de tiempo durante cada sesión en la Cámara, nombrando a los miembros tontamente y agregando sus votos, cuando toda la operación podía verificarse en un instante oprimiendo sencillamente un botón en cada puesto. No obstante, como decía el presidente del comité, para lo que se perseguía estos métodos eran admirables".

Este incidente curó a Edison de inventar cosas que sólo en su opinión debían ser necesarias. Desde entonces se atuvo a lo que le constaba que era necesario y que podía tener extensas aplicaciones.

EL FONOGRAFO

Dice Edison:

"Estaba experimentando un método automático para registrar los mensajes telegráficos en un disco de papel colocado sobre una placa giratoria, exactamente lo mismo que la del aparato de ahora. La placa tenía una cavidad espiral en la superficie, como el disco. Sobre éste se hallaba colocado un disco circular de papel; un electromagneto con el punto relevante conectado con un brazo por encima del disco, y todas las señales dadas a través de los magnetos eran puestas en relieve en el disco de papel.

"Si este disco era quitado de la máquina y colocado en una máquina similar provista con un punto de contacto, el registro en relieve originaría el que las señales fueran repetidas en otro hilo.

"La velocidad ordinaria de las señales telegráficas es de treinta y cinco a cuarenta palabras por minuto; pero con esta máquina se podrían lograr varios cientos de ellas.

"Por mis experimentos en el teléfono, conocía yo el poder de un diafragma para elevar vibraciones sonoras: porque había construído un instrumento que cuando se recitaba en voz alta ante el embudo, hacía maniobrar una manecilla conectada con el diafragma, y esto, haciendo funcionar una rueda trinquete, servía para dar una continua rotación a la polea.

"La polea se hallaba unida por un cordel a un pequeño juguete de papel que representaba a un hombre serrando madera. Por este motivo, cuando alguien gritaba "Mary had a little lamb... etc". el muñeco empezaba a serrar madera. Deduje de ahí que si pudiera registrar los movimientos del diafragma propiamente, podría conseguir que el registro reprodujera los movimientos originales comunicados al diafragma por la voz, logrando entonces fijar y reproducir la voz humana.

"En vez de emplear un disco, diseñé una pequeña máquina con un cilindro provisto con muescas alrededor de la superficie. Sobre ésta debía ser colocada una lámina de estaño, la cual recibía y consignaba con facilidad los movimientos del diafragma.

"Se hizo un proyecto en el que se anunciaba que se pagaría la mano de obra a diez y ocho dólares. Tenía yo por costumbre marcar el precio que pagaría por cada prueba. Si el operario no lograba su intento le pagaba su jornal ordinario; pero si ganaba más se lo concedía.

"El empleado que realizó el proyecto fué John Kruesi. No tenía yo mucha fe en la realización de mi intento, esperando sólo que tal vez oiría alguna palabra que diera esperanzas de un futuro en el que prosperara la idea.

"Cuando Kruesi lo tuvo casi terminado, me preguntó para qué era. Le dije que iba a fijar la voz, y que el instrumento la reproduciría. Lo consideró absurdo.

"No obstante, se concluyó, y la hoja de estaño fué colocada. Entonces grité: "Mary had a little lam, etc.". Ajusté el reproductor y la máquina lo reprodujo perfectamente. En mi vida recibí mayor sorpresa. Todos estaban admirados."

UNIVERSAL

Cierto día en que Edison y yo fuimos a visitar a Luther Barbaufk en California, nos pidió que firmáramos en su álbum de visitantes. El libro tenía una columna para el nombre, otra para las señas y profesión y, finalmente, una rotulada: "Se interesa por..."

Edison firmó en su manera peculiar, rápida, pero no atropelladamente. Acostumbra a imprimir esa firma clara con cada letra separada y la rúbrica por encima, con mucha más velocidad que la que despliega cualquiera para hacer un simple garabato. En la columna final escribió sin vacilar un instante: "Todo".

Esto nos explica a Edison. Se interesa efectivamente por todo. Su sistema de examinar a los aspirantes por medio de un interrogatorio, en el que entra casi todo cuanto existe bajo el sol, es sólo un procedimiento para investigar el grado de curiosidad. No le gustan los hombres con un interés único o una orientación única. En su propia obra no admite especialistas a su alrededor.

CUANDO DUERME

Se ha hablado mucho de lo que suele dormir Edison. Se ha supuesto también que es un hombre que no duerme nunca.

Es cierto que no duerme determinadamente un número de horas cada noche. Las hay en que duerme cuatro horas, o bien nueve, o bien no duerme nada. Regula su sueño según la necesidad que tiene.

Cuando está interesado en alguna obra, no siente la necesidad normal del sueño y sigue trabajando hasta que su inteligencia cesa materialmente de funcionar. Entonces se echa donde se encuentra y se queda dormido.

Según me ha dicho, no sueña nunca. Puede dormir a cualquier hora y en cualquier lugar.

No es la cantidad, sino la calidad de sueño, lo que cuenta, como es sabido, y Edison duerme probablemente todo lo que necesita.

Nunca me ha hablado de haber experimentado ninguna reacción a consecuencia de la falta de sueño y dudo que haya tenido nunca ninguna.

En nuestras excursiones comunes duerme cuando se siente inclinado a hacerlo, que es justamente cuando no tiene un interés concentrado en algo.

Si los visitantes o las circunstancias no le interesan, se duerme en un sillón; no habiendo nada que hacer, opina que puede descansar y economizar energías.

RATOS DE HUMOR

Francis Jehl, que acompañó a Edison cuando efectuaba sus experimentos para la lámpara incandescente, cuenta detalles regocijantes de la vida del inventor y sus ayudantes en aquella época.

"Nuestro almuerzo — dice — terminaba siempre con un cigarro de hoja y debo observar que aunque Edison no era nunca lento en la comida, gustaba saborear un buen cigarro y parecía encontrar en él alivio y solaz.

"Ocurría a menudo que mientras fumábamos con cierta complacencia nuestros cigarros después de media noche, alguno de los jóvenes iniciaba un acompañamiento en el órgano, y todos nos poníamos a cantar, o bien alguien se atrevía con un solo. Sobresalía entre todos un joven que era poseedor de una voz, cuyo encanto principal consistía en asem[...]se extrañamente al chirrido producido por algunos cacharros de latón. Había sobre todo una canción que no podía cantar sin que nuestras alegres carcajadas le hiciesen coro. Imitaba perfectamente el fonógrafo primitivo.

"Otras veces, cuando Boehm estaba de buen humor, amenizaba la velada cantándonos bonitas canciones alemanas y tocando su cítara.

"F[...]uchas de estas ocasiones, el laboratorio era el punto de reunión de algunos visitantes alegres y sociables, amigos y relaciones de míster Edison, la mayor parte de ellos. Algunos de los empleados de la oficina solían también asomarse a estas [...]iones de nuestra cena de media noche, y como todos eran admitidos y se les hacía una cordial acogida, disfrutábamos todos en gran manera.

Después de un corto espacio de tiempo, nos disponíamos a reanudar nuestro trabajo y entonces los visitantes se levantaban para irse, anunciándonos que se marchaban a casa para descansar mientras nosotros trabajaríamos, y en general, hacían su despedida entonando algún canto, como el popular "Buenas noches, señores".

"En las altas horas de la madrugada, no era extraño ver a algún ayudante a quien el trabajo había rendido, durmiendo encima de una mesa. Si los ronquidos eran demasiado estrepitosos y perturbaban a los que trabajaban todavía, se aplicaba al durmiente el "calmante".

"Este aparato consistía en un cajón de jabón Babbit sin tapa. Sobre esto estaba montada una amplia rueda de trinquete, con una manivela, mientras en los dientes de la rueda golpeteaba una varilla elástica de madera. El aparato era colocado en la mesa donde el durmiente roncaba a toda fuerza y la manecilla giraba rápidamente. La baraúnda que se producía era tal, que el durmiente se tiraba sobresaltado de la mesa, como si un tifón acabara de descargar sobre el laboratorio.

"Aquel espíritu humorístico de los viejos días, aunque demasiado vivo en ocasiones, nos proporcionó muchos momentos de expansión y los jóvenes, sobre todo, reanudaban su trabajo con renovado vigor."

HENRY FORD

DORMIR

(Colaboración especial para CRITICA)

¿Qué boca es ésta que roe sus huesos?

¿Qué mandíbula poderosa es ésta que tritura su esqueleto?

Porque la está devorando viva.

La hambrienta muerde y come y degluta en su rodilla y en su muñeca. Ardientes lengüetadas de fuego queman la médula de sus huesos y el hueco de sus articulaciones.

La famélica la enclavó allí. En ese lecho que fuera descanso de su actividad. Que hoy es tortura obligada.

Setenta y un días con sus setenta y una noches, cumplen sus huesos roídos.

Basta.

Sólo en breves instantes la lucidez se asoma a su espíritu. Pero la locura la aferra. Y, juntas, aullan la agonía de su esqueleto.

Basta.

Su carne es una piltrafa lacia e informe y sus nervios envarados se niegan a [...]r flexibles.

Basta.

Toda ella es una alucinante gástrula invaginada en su roer inacabable.

No comprende qué le pasa. Porque aquello no es una realidad. No. Ella se sabe viviendo, en plena época medioeval, una pesadilla de tortura física.

Y todo había comenzado simplemente, silenciosamente, sin anunciarse.

¡Ah, la pérfida!

Afilaba sus dientes y humedecía su fauce y endurecía su lengua. Y ella, la enferma, nada sabía. Y no pensó en la maldita. Aumentó la temperatura y no pensó en ella. Sobrevinieron los dolores y no pensó en ella.

Y cuando la recordó, estaba en sus huesos.

La inmovilizó en el lecho.

Su huella en él era honda, socavada. Y la recogía como un ataúd, cuyas paredes crecieran día a día, hasta convertirse en tapa.



Dormir, morfina, ensueño, realidad fingida...

Ahora, el lecho gimiente bajo su peso y ella, son una misma cosa y una misma sensibilidad y una misma crispación.

Permanecen las horas inmóviles, en que la carne brama su angustia corrosiva.

Continúan las horas agudas de la mordedura implacable.

Prosiguen las horas extrañas de la noche, animosa e insomne.

Dormir.

Arrullo suave junto al oído.

Caricia leve en la frente húmeda.

Dormir.

Morfina, pide el alma y pide la carne.

Morfina.

——

¿Qué es esta pesatez monstruosa?

Espanto de despertar con un nuevo horror. Con una nueva angustia.

Su mano...

¿Dónde está su mano? ¿Y este peso horrible en su lugar? Es su mano. Está inmóvil, enorme, informe.

¿Dónde están sus dedos?

Sus dedos. Sus cinco deditos blancos. Están hechos una masa compacta.

Ya no tiene dedos. Ya no tiene mano. Y esto no es una garra.

Ni es una pezuña.

Ni es un casco

¿Qué es esto?

¿Qué es?

Crece. Y su crecer y su dolor percuten en el corazón.

Crece, sí.

Con los ojos cerrados, siente que ya es grande como todo su cuerpo.

Y seguirá creciendo.

Y luego estallará.

Dormir.

Boca leve que baje sus párpados.

Ojos dulces que serenen su frente.

Dormir.

Morfina.

Ensueño.

Realidad fingida.

Dormir.

Roe...

Cada latido de su sangre es una mordedura en sus huesos.

Y tiene miedo.

En su cuerpo hay algo nuevo.

En su cuerpo hay una rodilla.

Su cuerpo es sólo esa muñeca y esa rodilla.

¡Ah, los pobres huesos retorcidos e inflamados como sarmientos crujientes!

Alegría de vivir.

Alegría macabra de vivir, porque hay sol y porque hay sangre.

Alegría de morir, porque hay dolor y más dolor.

Espanto de vida y ansiedad de muerte.

¿Para qué vivir?

¿Para qué luchar y defenderse?

En su mano agigantada y retorcida cabe todo el dolor de la vida.

Cabe la vida entera.

Entonces ¿para qué vivir?

Y en su rodilla de preñez monstruosa, cabe toda la angustia de la muerte. Cabe la muerte toda.

Y, entonces, ¿para qué morir?

Vivir.

Morir.

Dormir...

Dormir. Transcurrir en un sueño que continuará en sueño.

No despertar. No terminar. Dormir.

Realizarse.

Proseguirse.

Envejecer en un sueño.

No vivir. No morir. Dormir.

La mano leve y transparente tiembla sobre la rodilla extraña.

Acaricia la compañera aberrante.

Dormir.

La mujercita implora el silencio.

Suplica la calma.

Acaricia su rodilla y su muñeca y las hace dormir.

Suaviza con su mano la dentellada y las hace dormir.

Arrulla en sus deformidades los hijos que no tuvo.

Acuna en la gestación del virus los hijos que pudieron haber hinchado su vientre.

Porque son sus hijos que no fueron.

Y por eso duelen y muerden y braman.

Porque no fueron.

Y los arrulla y los hace dormir.

Silencio.

La mujercita canta.

La mujercita se durmió.

(ILUSTRO BERNABE)

por Raquel Grunberg

El Kaiserismo Cayó por sus Inepcias Locas, Dice Ludwig

EN reciente artículo del notable historiador Emilio Ludwig, publicado en "The New York Times Magazine" del 1 de marzo de este año, estudia la influencia decisiva y fatal contra el káiser que han tenido dos libros de estos últimos meses: uno está formado por las cartas de la emperatriz Victoria, madre del ex káiser Guillermo II, reunidas por sir Frederick Ponsonby, y el otro, las memorias del príncipe Bulow.

Leyendo esos libros — dice Ludwig — se comprende que haya triunfado el principio democrático en Europa, no en el sentido del gobierno popular, sino en cuanto abolición del rancio privilegio de que un príncipe pudiese llegar a rey, por el simple hecho del nacimiento.

Si aun subsiste la monarquía en algunos países, por ejemplo Gran Bretaña, ello proviene de que no perturba el gobierno realizado por los partidos y los hombres más capacitados. La monarquía deja ciertas ilusiones a cuantos prefieren las antiguas exterioridades, los grandes ceremoniales de las Cortes, con sus matrimonios, bautizos, funerales, etc.

Esos dos libros han dado el golpe de gracia, según Ludwig, a toda idea de restauración monárquica en Alemania en favor de los Hohenzollern.

Cinco hechos fatales para el kaiserismo

Son cinco — sostiene este publicista — los hechos principales que han liquidado toda expectativa de restauración monárquica para esa familia:

a) La fuga del káiser; b) la comercialización de sus escritos; c) sus segundas nupcias después de haber cumplido más de 60 años de edad; d) el arreglo de la post guerra sobre millones entregados en propiedades a los príncipes en medio de la bancarrota de un pueblo inocentemente dañado; y, por último, e) la profunda impresión causada por los dos libros mencionado, la correspondencia de la emperatriz Victoria y las memorias del príncipe de Bulow.





La emperatriz Victoria, madre del ex káiser

A pesar de todo, no faltan, de vez en cuando, opiniones autorizadas que intentan escuchar la significación de la fuga del káiser, en vísperas del armisticio, explicándola como una sugestión al soberano, hecha por el mariscal Hindenburg, y a fin de evitar la guerra civil en Alemania.

La emperatriz Victoria predijo el fracaso del káiser

Transcribe Ludwig numerosos párrafos de la correspondencia de la madre de Guillermo II, cuando éste comenzó a reinar, que confirman cuán peligroso es para los países, confiar sus destinos a las nerviosidades, incompresiones y locuras de un princip hereditario. Muchas de sus observaciones, que parecieron desahogos de una madre desterrada, aparecen hoy como profecías de una asombrosa clarovidencia. La madre del ex káiser escribía, por ejemplo, lo siguiente: "Cuando pienso que su primer año de reinado, en sus errores, unos tras otros, sin un gesto noble o generoso; y veo su infinita vanidad, su placer ante los adultos que se le rinden, comprendo que se preparan días muy tristes para Alemania. Es excesivamente despótico y extravagante".

En otra carta, decía la emperatriz: "Contemplo el futuro con muchas aprehensiones. Una no sabe si reir o llorar. Parece que el káiser alemán fuera a trocarse en una especie de zar, y que Alemania fuese a gobernarse por úkases". Esta desconcertante caracterización del káiser fué hecha en 1890, es decir, 28 años antes de que fuera destronado; y aun cuando ella había sido agraviada por su hijo, al fin de cuentas seguía siendo su madre.

Las ironías del príncipe de Bulow

En sus memorias, éste simula defender al ex káiser, pero las citaciones, anécdotas y caricaturas resultan peores que su defensa. Bulow califica al ex káiser como un "sin tacto, voluble, ingrato, vano, testarudo, más que excéntrico, ilógico, tosco, jactancioso fantástico, falsificador de la historia, megalómano, frívolo, teatral e hipócrita". Afirma que Guillermo II era incansable en la manía de inventar medallas, decoraciones y toda clase de chucherías de ese género. Dice que "colmaba a los demás príncipes con notas y cortesías nacidas no sólo de la ingenuidad, sino más bien de que cada orden, cada distinción le encantaban, y soñaba con dominar e influenciar a aquellos que podía h[...]enajear".

El ex káiser era tornadizo, cambiaba de ideas varias veces en un mismo día, tenía la manía de la fanfarria; era muy raro que después de cualquiera procesión o desfile en su honor, dejase de observ[ar] que había sido la fiesta más espléndida en toda su vida. "Si el noble y buen pueblo alemán fué calificado de "hunos" por millones de personas en el exterior, se debió al lamentable discurso que Guillermo II pronunc[ió] en Bremerhaven".

El sueño dorado del ex káiser

Según Bulow, "habría sido el sueño dorado del ex káiser, navegar como supremo jefe de la más poderosa escuadra alemana en una visita pacífica a las costas de Inglaterra, y que hubiera salido a encontrarle, fuera del puerto de Porstmouth la flota británica mandada por el rey de Inglaterra; que revistase una flota a la otra, permaneciendo cada soberano de pie sobre el puente de mando, vestido en uniforme de la otra escuadra con las decoraciones de la otra marina, y, finalmente, después de los abrazos de protocolo y besos en Cowes, celebrar un banquete de gala, dónde se pronunciarían gloriosos discursos".

El príncipe von Bulow

Síntesis de Ludwig sobre el kaiserismo y la nueva república

Después de recordar innumerables episodios demostrativos de las extravagancias y errores del ex káiser, — pruebas también de la verdad con que su madre la emperatriz Victoria decía: —"Este moderno Nerón me colma de disgustos y acabará mi hijo por arruinar a la Alemania".

Agrega:

"La mayoría del pueblo alemán está muy descontento con los doce años de república; ¿pero es por la forma de gobierno, o por las desfavorables circunstancias de la última década? Estamos pagando la pena hoy día por los veintiocho años de dictadura de Bismarck. Cuando una personalidad omnipotente sojuzga una nación, y ahoga los demás talentos, refrena la tendencia de la juventud a la resistencia, y crea un ambiente malsano, y, por decirlo así, una atmósfera antipolítica.

Gracias al genio de Bismarck, toda una generación de alemanes fué privada de educación política, y hasta los socialistas que lucharon contra el canciller, sufrieron persecuciones y el destierro. No pudieron aprender a gobernar ni podían improvisarse después como gobernantes. Los actuales republicanos han debido soportar todo el mal tiempo, un tratado hecho para prolongar la ruina de Alemania, las hostilidades de los caídos, y la crisis económica más grave. Las fallas del régimen republicano de Alemania, comprendidas y escusadas por cualquiera persona inteligente, crean una situación ideal para derribarlo; y cada partido que repudia la república, debería ser monarquista. Sin embargo, no existe un partido monárquico con fuerzas apreciables, y no puede hallarse una prueba más concluyente de que los días de la monarquía han pasado".

PSICOLOGIA de DOS CENTAVOS

Su Ración de Hombre

CADA mujer moderna — la autora no se atreve a decir "flaper" pero por ahí ronda su pensamiento— tiene su ración espiritual de hombre, que debe procurarse para quedar satisfecha. La graciosa protagonista de este cuento, ha obtenido ya la mitad de esa ración espiritual masculina. Aquí la vemos completar su hazaña, en propia confesión.

Alfonsina Storni, la delicada poetisa argentina, ha trazado, pues, una interesante figura femenina, en un relato lleno de fineza.

Mi querida Amelia:

Sé que has regresado de Europa hace unos días. Ignoraba tu dirección de ultramar y por eso no te he escrito en tanto tiempo. Necesitándote estaba. Has sido siempre la víctima de mis relatos; el lector único de mis análisis psicológicos de dos centavos; el lector auditor, si tú quieres.

¡Y qué buena! Jamás te has cansado de oírme, y eso que hay más alegría en narrar que en soportar al narrante.

¿No crees tú que el placer de contar cosas es la razón fundametal de la literatura?

El pobre diablo que no tiene entendimiento para soportar la lectura de un libro experimenta un placer agudo al oir la referencia de un crimen.

Cuando tu cocinera te describe con lujo de detalles cómo hizo un plato que le salió muy bien, hace, sin quererlo, literatura. Buceando un poco más allá, el hombre busca, por medio de la palabra, retener sus experiencias. Vaya egoísta! Le cobra interés a sus dolores y alegrías. El interés es fijarlos en formas que duren más que él.

En fin, tú viajas por el mar; yo divago. Cada uno se atiene a su bolsa material o espiritual.

Tú te casaste y te fuiste; yo me quedé esperando que la vida viajara por mí.

Sé que te han dicho muchas cosas: que me divorcié primero; que tuve otras pasiones luego. Y sé lo que respondiste. ¿Con que asombrada?...

Tú me dabas casamiento para toda la vida, lo sé...

Tantas veces te dije que era yo mujer para el hombre único!

Pero, por lo visto, el hombre de la única mujer no me tocó en suerte.

He variado ahora mi criterio. Creo que a esta altura de la vida tres hombres son el número exacto para una mujer normal y decente.

Admítele a la mujer un sí es o no es pecadillo prematrimonial. Un esposo. Un nuevo esposo por divorcio, y tendrás, normalísima y decente, a la mujer de los tres hombres.

El término medio de la mujer moderna, considerada en sus relaciones con el varón, lo tendríamos en Norte América. El programa máximo en Rusia, el mínimo en los países de habla hispana, pesados para mover sus ideas, cuando ya los hechos obran por ellas.

En fin, hija; que la inteligencia humana es más escasa de lo que uno supone, y siendo el mundo cosa compleja de por sí el hombre se aplica generalmente a enredarlo más, cargándose con las tres sentimentales.

¿Has visto tú cosa más trágica que las piruetas que hace un ser humano para mantener latente una gloria de cualquier clase, ya inútil y sin crédito?

Pero no aventures tu pensamiento; estoy aún a hombre y medio: nada más. Vamos en atraso con mi hora social. Si llegara a pasar de los tres, créeme que modificaría mis ideas porque para justificarse a sí mismos los fuertes no reparan en valla más, valla menos. Por eso, hay pocos fuertes entre tanto débil. Y ahora me preguntarás tú, quién es fuerte y quién es débil.

Yo te diría en general: fuerte es el que no se arrepiente. Corrige, modifica, pero no llora hechos muertos. Para cada experiencia una ruta aún más ancha: ahí ha ido saliendo la pobre humanidad de la edad de piedra...

Cuanto al asunto mismo del amor hay tanto que hablar...

Pero lo dejaré para otra. Quisiera hacerte entender, eso sí, que, en hombres y mujeres, más que sus ideas morales sobre el amor prima su temperamento. Todos los hombres son libres y sin embargo, muchos de ellos se retraen. Tienen un instinto de selección muy agudo. Pon este instinto de selección en una mujer y ya puede andar suelta por el mundo, que el amor no vendrá a perturbarla sino raramente.

Alfonsina

¿Me enamoré yo muchas veces, a todo esto? Acaso... Pero ¿no crees tú que lo mejor que tiene el hombre es el gobierno de sí mismo ante sus propias pasiones?

Te preguntarás ahora por qué razones me divorcié...

Vaya, chica; pues porque mi marido dejó de quererme. Así, como lo oyes. De la mañana a la noche. Como un reloj al que se le acaba la cuerda. Se paró a las catorce en vez de hacerlo a las veintiuna o a las veintidós...

Llantos, insomnios. Iras contenidas. Orgullo. Desafío. Montevideo y solterita otra vez.

¿Que si lo sentí? ¡Vaya! Desgarrón absoluto. Epidermis, músculos y huesos tocados. Ocho kilos menos. Canastos de risitas. Chorros de calumnias. Cambio de marcha. Mucho modelo. Masajes a la piel. Y a otra cosa.

Pero si te contara por qué dejó de quererme!...

Fuí la esposa perfecta, querida; la casada irreprochable de que hablan los tratados de felicidad doméstica.

Cepillado de dientes cuatro veces por día; cocina prolija; mesa elegante; prudencia; silencio; lo negro blanco y lo blanco ne-

El joven era arisco y enemigo de mujeres de aplomo

(Ilustró Premiani)

gro; en mi casa el sol salió por occidente cuantas veces se le dió la gana; sus camisas y pañuelos nevados; lectura de diario sin arrugarlo; caprichos femeninos ausentes; no me metí en negocios; no discutí política; me desperté diez minutos antes que el amo; me dormí diez ídem después.

Planeaba salirme por las calles a buscar la joven más interesante del mundo, subirla a nuestro departamento y marcharme en punta de pie; soñaba con un roro, orgullo del padre; espejo de vanidades, lastre de malandanzas; vestigio de la inmortalidad del varón...

Tan bien dispuesto lo tenía todo y tán perfecta era que mi dulce mitad cayó en el bostezo.

Al finalizar la primera docena de ellos ya tenía mi resolución tomada.

¿Soy o no soy una várona decidida? ¿Limosnitas a mí, amazona frustrada, pobre gata heroica?

En un pim pam pum lo eché a volar todo, cogí un par de valijas y me marché a vagar por allí. Decía pestes de los hombres, renegaba de ellos, juraba que jamás hombre alguno, alto o bajo, gordo o flaco, feo o hermoso, me enamoraría ya. La manoseada Diana me parecía el más alto símbolo de mujer libre, fuerte, casta, desasida de la grasa del instinto; ágil de movimientos; apta para la carrera; inteligente, emprendedora, valerosa; parecida al agua que la espejaba con su cortejo, burilado a salvaje hoja silvestre.

Atada al amor había sido yo como rata tirando de un camión y, al cortar sus amarras, los pies se sentían más ligeros que recién nacidos y querían ensayar de nuevo el paso grácil y desprevenido.

¿Tengo yo cara sospechosa?
¿Desenfado en las maneras?
¿Soy suelta de palabras?

Y sin embargo jamás he mirado a un hombre torcidamente, agrandado intencionalmente mi escote.

Y sin embargo...

Bueno: que fuí a dar por allí, de pensionista, a una casa, en provincias.

Me había informado: señor viejo, inofensivo; señora beata, diligente en el mensaje; hijo estudiante, brutón, retraído. Casa quinta arbolada; mucho sol, tranquilidad; vamos, paraíso a pagar por mes.

Pues hija mía, fué llegar a la casa, sentarme a la mesa a la hora del almuerzo y aparecérseme el brutón de marras, para que mi tiroides pegase dos o tres brincos en pleno cuello y los ojos se me humedecieran de encanto al contemplar una de las más estupendas caras de joven que haya visto en mi vida.

¿De dónde había salido esa estatua fornida y silenciosa que miraba verdemar, sonreía lustrosamente un rojiblanco aséptico, y doraba el ambiente a puro reflejo de piel bronceada?

Cuatro o cinco fintas. El joven era arisco y enemigo de mujeres de aplomo. Un vestido de chiffon blanco. Una echarpe ídem. Una frase de sobremesa cortada por la mitad con un "buenas noches" mío, entre amable e indiferente, y al día siguiente Eros chamuscado corriendo en bicicleta a trescientos kilómetros por hora por entre los muebles y plantas de la casa.

¡Qué flechazo, Dios mío, qué flechazo! Aquello fué fulminante y recíproco.

Una noche, en sueños, Diana me mandó a paseo con un repertorio verbal indigno de una diosa culta, pero yo me columpiaba en una hamaca sideral que colgaba de la Cruz del Sur a cualquier otro grano de oro que le hubiera salido a la nariz cerúlea de la región boreal.

Balance: hombre de veinte años, casi niño, de vida casta, tímido, disciplinado. Mujer de treinta, orgullosa, digna, incapaz, de cambiar un sueño de amor por una mísera moneda de carne; recelosa, vigilante de su corazón igual a amor platónico, claro de luna, sillones provincianos, medias frases, miradas, repertorio de corbatas, más modelos, total 0.

¡Y mira lo qué son las cosas! A pesar de haber amado mucho a mi marido este muchacho me daba en embriaguez un caudal más ancho.

Aquello fué la vida suave de todos los días; esto una exaltación sin objeto, bella por que a nada aspiraba; un baño espiritual en un sol esperanzoso y tibio donde el alfiler de la imaginación podía grabar el más despampanante castillo.

Ocho días alucinada.

Algodones celestes.

Varios ángeles. ¿Te ríes? Sí, mujer, hubo ángeles. Venían a los pies de mi cama. Se hacían un ovillo. Runroneaban allí como gatos al compás de mi sueño.

Y de pronto, una noche, la revelación.

Mi divorcio, mi falta de hipocresía, algunos refinamientos que dan las grandes ciudades; los libros cerrados de su hijo; el afán del muchacho por permanecer en casa; su frecuente mal humor; cierta contenida ira hacia mí, disuelta en un asomar de lágrimas, despertaron la avispa provinciana que sesteaba en la buena señora.

Espionaje. Bajas sospechas. Trampas.

Estaba yo aun virgen de sospecha de malas sospechas, cuando oyendo que la señora se quejaba de insomnio, le ofrecí una modesta pastilla de bromural.

Se volvió silbante.

—Es un narcótico, no?

El muchacho y yo nos miramos riendo, pero las manos huesudas de la señora habían aferrado el cuello de mi sueño y por primera vez le hicieron sacar la lengua. No sé si seré capaz de analizar, detalladamente, el desinflamiento amoroso que con esa brutalidad se inició en mí.

Este fué el proceso de un amor sencillo, matado, desde fuera, a golpes de malos pensamientos.

Las imágenes torpes que tocaban la diafanidad de mi sentimiento, desde el cerebro de un ser vulgar, obraban a modo de emoliente sobre el tumor lunar de mi platonismo.

Actos innobles, humillantes, pensamientos muy groseros debían merodear alrededor de su idea del amor, para que se convirtiera en su perseguidora tenaz, llegando a apalear duramente a sus chinas si las sorprendía en coloquios sentimentales.

Se había casado joven con un hombre viejo y boquimuelle al que no amaba y acaso tomaba venganza en los otros de pobres experiencias.

Pero más interesante que el hecho global, es el análisis de descomposición de mi sentimiento.

La noche que le ofrecí el bromural estaba yo a cien grados espirituales de encendimiento, fuera de la tierra, con una sensación de poseer un cuerpo de material astral, sensación que, sólo las gentes aptas para experimentar las formas más sutiles del amor, conocen.

El contacto brusco e inesperado con aquella sospecha oscura produjo una consecuencia curiosa; la voz del muchacho dejó de sensibilizarme.

Recuerdo que estando yo en cualquier parte de la casa, al oírlo hablar, echaba a nado por canales de agua verde, arrastrada en torbellinos de frescura florida.

En vano me esforcé en adelante por repetir la sensación; más aún; empecé a encontrar en su voz un dejo afeminado que jamás le había sorprendido.

Las subsiguientes torpezas maternas me llevaron a analizar su rostro.

Su boca, que era de una belleza excepcional, me pareció hasta entonces perfecta.

Nunca he visto superficie alguna, tan limpiamente hendida en una cavidad bucal, como su labio inferior.

Pero comiendo, le advertí en el superior cierta desagradable tosquedad que me enfrió un tanto.

Con todo la oleada de ensueño con que el encanto había nacido era tan fuerte que, habiendo bajado ya la presión amorosa a 80 grados, repuntaba por cualquier estímulo hasta los cien y en ese punto se mantenía largos ratos.

Controlándome ya, expresiones y actos, no le dirigí en una cena la palabra al muchacho.

¿Empaque? ¿Deseos de tranquilizar a la señora? ¿Rabia conmigo misma al presentir que el sueño iba a escapárseme? Acaso todo junto. El mantuvo la misma actitud.

Al finalizar la comida salió al jardín; yo me quedé en el comedor, cerca de una ventana, sentada en un sillón hamaca. Tomé una revista. Me engolfé en la lectura. Lo sentí entrar varias veces, pero no levanté la vista.

De pronto, como flecha ciega, atropellando cosas, vino a sentarse a mi lado.

Estaba maravillosamente bello; los ojos verdemar habían afinado su color hasta parecer láminas de aguas marinas; una palidez grave e infantil lo cubría de agujas de nieve las mejillas.

Debo haberme demudado también, porque, como comprendido, puso el pie sobre el travesaño inferior de mi sillón y empezó a acunarme.

Jamás lo había hecho.

La presión se levantó a 150 grados.

Volaba mi hamaca libre y ultraterrena entre torzadas de sonrisas y chispas de estrellas estallantes, cuando, por una ventanilla que daba a la cocina, vi crecer los ojos nauseabundos de su madre, fijos en nosotros como esperando algo horrible.

Recibí una puñalada de hielo.

Me levanté violentamente. Corrí a encerrarme en mi cuarto.

Temblaba como el equino detenido por un obstáculo en la mitad de una carrera.

Ignoro lo que ocurrió en el alma del joven.

¿Reprimendas? ¿Consejos? ¿Calumnias? La cuestión es que pasaron dos o tres días en que me zahirió sin motivo con el menor pretexto.

Mi amor estaba ya a 50 grados, a 50 grados escasos, cuando llegó a la casa una parienta muy rica.

Hubo consejo de mujeres. ¡Y qué mujeres! Sarmentosas, viejas, sombrías; solteras y casadas; consanguíneas todas; miraban al muchacho con codicia; algunas de ellas estaban, al parecer, enamoradas de su sobrino. Era mi amor el benjamín de aquel momiaje, su esperanza de honra y provecho, y la parienta rica resolvió llevárselo a su estancia por quince días.

Mientras deliberaban, pasé por la ventana tarareando frivolidades, pero mi pensamiento decía: "Señoras, señoras: ¡quién pudiera redondearles y hacer florecer en rosas las puntas de sus dedos!"

El cebo con que querían llevarse al muchacho era la hija del administrador; gente muy bien; la chica bachillera y hermosa. Hicieron cumplido elogio de la joven, con lujo de detalles, en mi melancólica presencia.

No se quería ir. Pero se lo llevaron.

—No me quedaré más que ocho días — dijo al irse. — El lunes entrante estaré de vuelta.

No se despidió de mí. Estaba yo en el jardín; me había visto. Tampoco yo salí a despedirlo.

Al día siguiente de marchado, mi amor volvió a repuntar a 100 grados ansiosos.

La madre, en las comidas, continuaba el elogio de la hija del administrador... Una gotita de agua zumbona y metódica.

Yo respondía vaguedades o me sumaba al elogio.

Esperaban carta del joven.

No escribió.

—Cuando no escribe — decía la señora atropelladamente — es porque está enojado.

Pero entre esperanzas y recelos mi amor bajó por día diez grados.

El lunes siguiente, el día que había prometido regresar, mi amor repuntó a 100 de nuevo.

Agoté mis recursos de tualé. El tren debía llegar a las cinco de la tarde. Salí de compras a esa hora. Quería hallarlo en la casa al volver. Tenía la seguridad de que regresaría.

No esperaba nada. Jamás nos habíamos dado un apretón de manos, dicho una palabra amorosa. Había encontrado algunas veces rosas sobre mi almohada al ir a acostarme. Lo había visto, detrás de sus persianas, atisbar mis movimientos. Conocía el temblor de sus manos y de sus labios.

No le pedía más.

Pero me hubiera hecho feliz que volviese el día prometido. Era una especie de prueba que tácitamente le exigía; que tácitamente me había dado.

Mientras volvía a la casa apenas podía caminar; debía tener fiebre alta; mi corazón estallaba.

No vino.

Mi amor bajó a 10 grados.

Al día siguiente, tampoco.

Mi amor descendió a cero.

El miércoles no lo esperaba ya.

Me imaginé una novela de amor en la estancia.

Eché llave al sueño.

Tomé un auto y me fuí al centro. Iba al teatro.

Por el camino mi auto se cruzó con el suyo; venía de la estación, con su equipaje, a toda carrera.

No me vió.

No sentí emoción alguna.

Mi espíritu estaba sin repercusión. Agotado mi estremecimiento.

Cuando crucé con él las primeras frases, mi amor ascendió a 30 grados, cuando dijo que se había aburrido continuamente, que lo habían obligado a quedarse dos días más de lo que pensaba, a 70; pero a pesar de estas oscilaciones no hubo ya impedimentos serios al desinflamiento de mi amor.

Una tarde bajó al jardín con un saquito de pijama que le quedaba rabón. Lo encontré ridículo. Me eché a reír.

Y vino lo más desagradable: mi propia frialdad cavó en el corazón del joven. Astuta la madre vió el hueco y machacó allí.

Envuelto en la salsa familiar no recibió directamente la injuria materna, pero inconscientemente la sintió a través de mis reacciones, y cargó sobre mí la reacción de su amargura. Tuve, pues, dos enemigos en vez de uno.

El más añoso atisbante, implacable, dominando los hilos turbios. El más joven desazonado, sorprendido, atacado en pleno sueño por obstáculos que no alcanzaba a entender.

Desde coqueta hasta mala mujer, soporté todo el repertorio de gravámenes morales en miradas e indirectas.

Mi orgullo despertó.

Planeé jugar con el muchacho poniendo en el juego todas mis cartas; marearlo a juego de verdadera mujer, que el hombre desea tanto como teme. Pero no pasó de intención.

Tan torpemente me había envuelto la baba oscura salida de la cabeza de mi madre, que al estrecharle amorosamente la mano me hubiera sentido más baja que la más baja de las mujeres prostituídas.

Una noche el pie del muchacho rozó mi pie. Sin poder definir si el contacto fué casual o intencionado me sentí mortalmente ofendida.

Al día siguiente me fuí de la casa y no le volví a dedicar un solo pensamiento.

Cuando salía el tren lo vi rondando mi ventanilla y su presencia me molestó.

Te diré que todo esto tuvo un epílogo que podría interesarle a un Freud.

Soñé noches después con la señora. Soñé que tenía grandes pies escamosos y desaseados.

Sólo los pies le veía.

De entre los dedos huesudos le nacían horribles bichos cascarudos de negras, largas y asquerosas patas.

Y en ese sueño tuvo punto final el delirio más exquisito de mi vida.

Bueno, querida, ya tienes el relato de mis accidentes amorosos.

Como te decía antes, estoy a hombre y medio, o, si lo prefieres, a hombre y cuarto.

En cuanto llegue al número dos te informaré prolijamente, por más que sospecho que seré siempre muy desdichada en amor, comprendida o no, adorada u odiada.

Porque cuando un pobre ser, un ser que aprendió tras largos ensayos a ponerse sobre dos pies, un ser que para alimentarse tiene que hacer el feo movimiento de la mandíbula, ha sido dotado de la virtud de transformarse, mediante el amor, en un diamante pulverizable al menor contacto con otro cuerpo que no posea su fulgencia, lleva en sí la condición de la tragedia que provoca a pesar suyo.

Entonces ¿renunciar?

Lo deseo. No es broma aquello de mi admiración por Diana.

Pero los tambores del amor suelen ser más fuertes que el susurro de los bosques, con todos sus habitantes divinos y humanos...

¿Y tú? Feliz, ¿verdad? Claro, eres amada más de lo que amas y no le pides ni al amor ni a la vida más de lo que dan.

Te envidio, pero no sé imitarte.

Adiós, querida, tenme al corriente de tus pormenores, y hasta mi próxima divagación.

Te abraza fuerte tu amiga

JULIANA



Una tarde bajó al jardín con un saquito de pijama que le quedaba rabón. Lo encontré ridículo

ALFONSINA STORNI

Un Extraordinario Político ha Sido Biografiado

En lo bueno y en lo malo, era Napoleón demasiado grande y voluminoso para dejar que a su lado se destacase ningún otro hombre. ¿Quién le eclipsa en su época? Nadie, ni su vencedor Wellington. Mucho menos si se trataba de otro francés. ¿Podían pretender brillar junto a su casaca gris Murat, el general de la caballería incontenible, o Ney, el mariscal de las victorias?

Sin embargo, hubo junto a Napoleón, ya como un camarada, ya como protector, ya como servidor, ya como amigo, ya como enemigo, ya como humillado, ya como victorioso, un hombre que merecía la luz, no una luz de mayor brillo que la del fulgente corso, pero sí de tanto fulgor, en lo bueno y en lo malo, asimismo, y, sobre todo, en lo malo. Ese hombre fué José Fouché, el jefe de policía napoleónico, de quien el emperador dijo en Santa Elena que era "el más perfecto traidor que había conocido".

EL HOMBRE OLVIDADO

Execrado unánimemente en Francia y en toda Europa tan pronto como se produjo la restauración de los Borbones (restauración a la que él contribuyó decisivamente), Fouché se perdió en el olvido o sólo fué reconocido para su maldición. Unicamente Balzac, con su mirada de águila, advirtió en él una figura excepcional y digna de mejor recuerdo, y Luis Madelins le dedica una monumental biografía, que abandona el tradicional tono denigratorio.

Ahora es un alemán, Stefan Zweig, el que se apasiona por la vida de José Fouché y después de estudiarla paciente e inteligentemente, con el amor necesario para todo conocimiento (hasta para el conocimiento del mal) le dedica un libro, que ha causado sensación en Europa y será, sin duda, muy leído en los países americanos de habla española, en la traducción que acaba de dar a conocer la Editorial España.

El esquema de la biografía de Fouché no dice nada. Se



José Fouché, el famoso jefe de policía de Napoleón

ESQUEMA DE UN MUNDO

trata de un humilde provinciano francés, seminarista de adolescente, diputado a la Convención revolucionaria luego, furioso comunista, traidor de Robespierre, "ametrallador de Lyón" y saqueador de las iglesias de Nantes, ministro de policía de Napoleón y de Luis XVIII, embajador de la monarquía restaurada y, por fin, destituído, proscripto y vilipendiado.

Le temieron millones de hombres, entre ellos Napoleón, y millones de hombres se mofaron de él; despojó a los ricos y fué multimillonario; blasfemó y se sometió a la iglesia; predicó el comunismo más rabioso y se hizo señor; vejó a la aristocracia y se convirtió en el Duque de Otranto; sirvió a Napoleón y lo vendió; traicionó vilmente y lo traicionaron; y como una rareza apenas comprensible en un alma tan demoníaca, fué amantísimo esposo y tierno padre, hombre sobrio, sin un vicio, sólo con el enorme vicio del poder y la intriga, del mando por mandar y de la intriga por intrigar, aunque fuese sin provecho, aun con perjuicio.

¡Qué hombre tan recóndito! No es posible decir de él: ¡qué bueno! ni ¡qué malo! Es tan monstruoso, cae tan fuera de lo humano común, que no se sabe si procede por bondad o por maldad. Por eso, la expresión más adecuada que ocurre sobre él, es la de su reconditez ¡Qué hombre tan escondido, en el bien bien y en el mal! Se le quiere medir con las varas corrientes y la medida excede o no alcanza; se le quiere pesar en la balanza común y saltan los platillos.

UN ESPECTACULO HUMANO

Pero ni esquemas ni declaraciones dicen nada sobre la autenticidad de la vida de Fouché. Para asistir personalmente a la enorme dramaticidad de esa vida, en uno de los momentos más dramáticos de la historia, hay que seguir paso a paso el arrebatador relato de Stefan Zweig, cuando no fuese una biografía verídica, siempre sería una novela formidable.

Es el relato de la vida de un político, del "más excepcional de los hombres políticos", dice el biógrafo, y no cuesta convencerse de la aseveración. Pero no de un político tipo electoral, sino de un demonio manejador de hombres, de hombres ricos y de pobres, de hombres humildes y de poderosos, de insignificantes y de importantes, de pobres campesinos y de Napoleones.

Esmirriado, feo, sin salud, pobre, desvalido de todo, Fouché llega a ser dueño de los destinos de Francia en un momento en que Francia era árbitro de Europa. ¿Cómo? A fuerza de intriga, a fuerza de traiciones, a fuerza de infamias; pero no cabe duda que a fuerza de talento también; un talento empleado arteramente, desde luego, pero indudable, fortísimo, irresistible.

Este hombre es el que la biografía de Zweig resucita, sin menguarle un mérito, sin negarle un horror, tal como fué, tal como por todos los indicios posibles se presume que fué, objetivamente, para ofrecer al lector un espectáculo humano, con miseria y con grandeza: el espectáculo de un retardado del maquiavelismo o de la atrocidad despótica oriental.

La Fábrica Norteamericana Vista por un Obrero

Henri Dubreuil es un obrero mecánico francés y conocido dirigente de las organizaciones obreras de su patria. Un día, preocupado con los sistemas norteamericanos de trabajo en las fábricas, tan discutidos en Europa, quiso cerciorarse personalmente de los mismos. Como dirigente obrero francés era inoficioso que fuese a visitar las fábricas de Norteamérica, pues seguramente le enseñarían cualquier cosa menos lo que él desearía ver. Tampoco podía ir en calidad de visitante curioso, ni menos en condición de observador que se propone escribir un libro. Son circunstancias desfavorables para obtener una información imparcial, verídica y, sobre todo, viviente, como de cosa experimentada por uno mismo.

Dubreuil resolvió, pues, ir simplemente como obrero a los Estados Unidos, procurarse trabajo en las fábricas, como cualquier inmigrante, emplearse en una, luego en otra, luego en una tercera, siempre en las más características por su importancia, por su materia y por su fama; observar por sí mismo la realidad, vivirla cotidianamente, a la par de aquellos obreros de quienes todo el mundo habla y a quienes nadie consulta sinceramente, y por último exponer sin reservas el fruto de sus observaciones.

Así lo hizo. Se embarcó en su país, en la tercera de un transatlántico, luego de haber llenado las infinitas formalidades que exige la ley norteamericana de inmigración; llegó a Nueva York, lo examinaron las autoridades, lo hallaron admisible y lo dejaron tranquilo. Mucho trámite — dice Dubreuil — antes de ser admitido en el país; pero una vez consentido como habitante, nadie más vuelve a molestar al viajero con requisitorias, con averiguaciones, con presentación de documentos ni con nada. Ha costado trabajo ser admitido en la familia; pero una vez que se le ha abierto la puerta al extraño, se convierte en un pariente más, con la misma libertad y los mismos derechos de todos.

Como es un buen obrero mecánico, no tardó en hallar ocupación en las fábricas. Estuvo en varias, una de ellas la celebérrima de Ford, fábrica fantástica, un mundo de seres y de máquinas destinadas a fabricar automóviles, la fábrica norteamericana más renombrada en Europa y sobre la que mayor cantidad y mayor diversidad de opiniones se vierten.

Su experiencia fué preciosa. Al cabo de catorce meses de trabajo en distintos centros, consideró que había reunido una buena cantidad de material para su objeto, y Dubreuil emprendió el regreso a Francia, sin haber necesitado el auxilio pecuniario ni diplomático de nadie, costeándose con su propio trabajo su viaje, su residencia y todo lo que necesitó en el cumplimiento de la misión que se había impuesto. Ya de vuelta en su casa, escribió un libro, que inmediatamente circuló por todo Francia y que ha publicado en español, en estos días, bajo el título "Mi vida de obrero en los Estados Unidos", la Editorial España.

¿UN LIBRO REACCIONARIO?

No sería fácil resumir en una nota la variedad y la multiplicidad de observaciones que en su libro consigna Dubreuil acerca de las condiciones del trabajo industrial norteamericano. Da preciosas informaciones sobre el sistema de la producción, sobre la intervención de los obreros, sobre horarios de labor, remuneraciones, previsiones de seguridad, compensaciones y hasta sobre la vida privada de los trabajadores. Todo ello forma un vasto complejo que sólo es posible conocer en las propias páginas del libro.

Dado, empero, que la cuestión vital del trabajo en la industria se reduce, por lo común, a un solo problema, el problema del maquinismo, puede transmitirse una idea del contenido del libro de Dubreuil diciendo que el autor defiende resueltamente la máquina, en contra de las eternas cantilenas del artesanismo medioeval, y la juzga irreemplazable, en el moderno sistema de la producción, la famosa "cadena", que tantos debates ha promovido.

Claro que Dubreuil defiende el derecho psicológico y de salud del obrero frente a un sistema que parece destinado a aniquilar el alma y el cuerpo de todos los trabajadores del mundo. No podía dejar de sostener que si la cadena es una forma aceptable (inevitable, al menos) en el trabajo industrial, debe ser completada, desde el punto de vista humano, con una dirección y una legislación capaces de evitar al obrero los males que esa forma le acarrea. Pero defiende la cadena.

Salta a la vista la posibilidad de estimar reaccionario este libro.

Pero no se puede negar que Dubreuil es un expositor honrado y, sobre todo, que como obrero auténtico tiene cierta autoridad para tratar la materia.

Lo que además es notorio en el libro, es que Dubreuil tiene alta calidad de escritor,

LA NOVELA DEL MAR

Ignorado hasta hace poco por el gran público, el contraalmirante argentino Mariano F. Beascoechea, se hizo notar súbitamente, meses atrás, por su actuación discutida al frente de la jefatura de policía de Santa Fe. Ahora se halla en el Paraguay, como ministro argentino.

Si hasta que apareció en arremetidas poco felices contra la prensa, en Santa Fe, no era muy notorio el nombre del cantraalmirante Beascoechea, como político, menos aun lo era como escritor hasta estos días, en que acaba de publicar, bajo un bello epígrafe de Groussac, un libro de recuerdos de su vida marina, titulado: "La novela del mar". He aquí el epígrafe de referencia:

"El buque de guerra es un claustro heroico. No estaréis en esa religión, si no os sentís con esa vocación sublime, pues mientras seáis allí depositario de la bandera de la patria, cualquier debilidad humana puede arrastraros al deshonor".

Como una ventana abierta de par en par, pero con dignidad, a ese claustro heroico, es el libro del contraalmirante Beascoechea, libro de marino enamorado de su profesión y deseoso de tributarle un homenaje poético.

Camas desde $1 / por Enrique Gonzalez Tuñón (Continuación)

(Viene de la pág. 2)

acercóse y le aplicó un puntapié. Pero, la Nucha dormía un bello sueño de eternidad.

Después de los trámites legales entregósele el cadáver —un conmovedor montoncito de huesos— a una parienta de pega que la alojaba en su pensión y que, para evitarse la pesadilla de un remordimiento se dispuso a darle cristiana sepultura.

La velaron en una salita pequeña y la luz de los velones empalidecía más su faz de cera.

Las mariposas de noche que fueron sus amigas cubriéronla de flores y lloraron sobre su mortaja las palabras que resumían sus vidas amargas como el polvillo de la coca que les vendía la finadita. Entretanto, Solano y el "Zurdo", alejados en un rincón de la cámara mortuoria canjeábanse frases sordas.

—Se aburrió de vivir la socia — dijo el "Zurdo".

El otro inquirió:

—¿Tú le llevaste la ampolla, no es cierto?

—¡Pchs! Podrían creer que lo hice para quedarme con el negocio y la clientela, pero ella es testigo que no. Le llevé la morfina jugándome un proceso porque la infeliz me tocó el corazón con sus lamentos.

—El caso es que heredas negocio y clientela — díjole Solano.

—Hombre, me asiste ese derecho. Pero, quiero que sepas que no pensé en ello cuando cumplí el favor que me pedía.

Solano lo midió con sus ojos profundos y alevosos y contrajo el rostro en conato de mueca irónica. "El Zurdo" sostuvo esa mirada que traducía una amenaza, carraspeó sin ganas como los guapos que provocan por que sí, y se encogió de hombros.

La clientela de la Nucha, la noche de su velorio, inició trato con el sucesor.

No faltó una que perdiera el sentido y gritara volcando sobre los labios descoloridos de la Nucha el polvo blanco:

—¡[illegible]! ¡Quiero que te entierren en tu ley!

"El Zurdo" y Solano salieron juntos. Sin decirse una palabra más, habíalos unido la muerte de la Nucha. Eran socios. Habíalos juntado comercialmente aquella mirada terrible y burlona del soplón metido a dueño de hotel. Simón "El Desconsolado" ahuecó el ala detrás de ellos, sin ser visto.

SANDALIO SALAS

El inquilino de la empalagosa sonrisa de maniquí, era contratista de estrellas anónimas que alumbraban débilmente en cielo raído de teatrillo ínfimo.

Intermediario de varietés, surtía de tonadilleras descangalladas y en desuso el tablado de los cafetines donde la consumación por secciones es obligatoria. Por cada contrato logrado percibía una insignificante suma de dinero, la cual, estirándola, le alcanzaba para ponerse al día con el estómago, el sueño y otras molestias.

La decadencia de la profesión lo llevó al refugio de Solano donde dormía sin quitarse la sonrisa. Se llamaba Sandalio Salas y se desvivía por quedar bien con todo el mundo, sufriendo porque el mundo hacíale sentir su indiferencia.

Cada vez que intentaba una conversación con cualquier compañero de pieza, fracasaba. Nadie le prestaba atención. Cuando no [illegible]taban la charla con un adjetivo maloliente, le advertían:

—Vea, amigo, cada uno tiene sus cosas. Déjeme dormir.

Sandalio Salas, sentado al borde de su cama, se desvestía silenciosamente. A mí me molesta la [illegible]do ceremonioso y su sonrisa. Parece el muñeco del ventrílocuo que chillaba zafadurías en el antiguo cine de mi niñez. Sin embargo me apenan sus palabras sin eco. Pienso que un día se morirá de consunción y entonces clavarán una tapa de pino sobre la sonrisa que usa invariablemente.

RECUERDO DE "EL TORITO"

La cama de "El Zurdo" permaneció intacta durante toda la noche. Estaban velando a la Nucha.

El hombre del "hall" apenas alzó la cabeza y me cobró el importe sin levantar la mirada. A su lado hallábase un sujeto mal entrazado, con el sombrero en [illegible] sobre la oreja izquierda, ocupado en espaciar con la punta del zapato un medallón de saliva.

En la habitación dormían pesadamente el viejo guitarrero canario y Sandalio Salas con su rostro beatí[illegible] poco de acostarme, una figura sigilosa fué acercándose a la cama de "El Zurdo". Lo reconocí. Era el tipo que estaba en el "hall". Anduvo hurgando breves instantes en la colchoneta y luego su sombra alejóse por el corredor.

Su presencia me trajo el recuerdo de "El Torito", malevo de sombrero requintado, pantalón con bombilla y faja roja donde envainaba la daga.

"El Torito" hizo su fama en los alrededores del Asilo de Huérfanos y nunca hombre alguno fué capaz de sostener el desafío de sus ojos. Lo mataron de mala manera. Dicen que fué un chiquilín al cual había injuriado de un sopapo. "El Torito" cruzaba un baldío cuando el otro le hundió en la espalda el cuchillo hasta el mango. Tambaleante, quiso desenfundar su revólver, pero, la muerte le cortó el ademán y cayó en un charco de sangre.

"El Torito" había vivido siempre de sus agallas. Usufructuábalas obligando a los malandrines que echaban buenas a pasarle pensión.

Decía:

—De las mujeres, cualquiera vive. La cuestión es vivir de los hombres.

El hombre que conversaba en la portería me trajo el recuerdo de "El Torito".

He intimado con ladrones, tahures, miserables. La vida es amarga, pesada, difícil. Ahora se me ocurre que debí haber muerto cuando me operaron de no sé que mal hace veintitantos años. Era una criaturita y me hubieran llevado al cementerio en un fúnebre blanco. Y en lugar de arrastrarme por el mundo, estaría más allá de las nubes, en la inefable felicidad que narran los ángeles del cielo raso.

DIALOGO DE LAZARO Y SIMON

Los focos esmerilaban el asfalto mojado y "El Desconsolado" caminaba hacia el hotel bajo la lluvia fina de la noche. Un automóvil, con la pareja de amantes enlazados, resbalando vertiginoso por la calle brillante de agua y de luz salpicó sus ropas arrancándole una apagada frase puerca.

Detrás del mostrador, Lázaro hallábase sumido en el pesado silencio sórdido de su existencia. Simón aproximóse a su misterioso amigo y colocándole su mano sobre el hombro, díjole a manera de consuelo:

—Tu asunto, Lázaro, está definitivamente arreglado.

El hombre del "hall" con un esguince indescifrable dejó escapar contra su voluntad una amenaza:

—Está escrito que el daño vive en mi. No habrá tregua para los asesinos.

—Fué "El Zurdo", Lázaro. Por la miseria del negocio le llevó la muerte. Que caiga sobre él el castigo, — dijo Simón y agregó: —puede que el remordimiento precipite su destino.

—Siempre hablas tonterías. El destino jamás se precipita. No se han inventado sanatorios de destinos ni existe un ser que pueda desviarlos. "El Zurdo" pagará porque debe pagar. Eso es cuenta mía.

—Bueno, Lázaro, estoy deshecho. Tengo más ganas de dormir que de charlar.

Ya se disponía a retirarse "El Desconsolado" cuando Lázaro lo detuvo sujetándole el brazo.

—Escúchame, Simón. Es preciso que te advierta que hoy es la última noche de hospedaje para ti. O vienes con el peso de la cama o te vas con viento fresco a dormir a la plaza.

—Me extraña sobremanera, Lázaro. Yo he sido siempre tu amigo.

—Te digo que si no traes el importe, no duermes. Eso es todo. Se acabó mi compasión. No tengo por qué compadecer a nadie ni me interesa un pito lo que pienses de mí. ¿Acaso alguien compadecióse de mí? Hasta la muerte de la Nucha te consideraba un nexo de unión entre el mundo y yo. Ahora que la Nucha no existe y estoy dentro de la realidad idiota de los hombres y las cosas, nada quiero saber contigo. Para mí tu representación es la misma de cualquier otro inquilino de esta casa.

—Si te molesto —arriesgó Simón— me voy en seguida.

—Haz lo que te venga en ganas, "Desconsolado", pero, no olvides que mañana es otro día.

Simón en actitud de disgusto iba a dirigirse a la puerta de calle, pero, al convencerse de que Lázaro lo dejaría marchar, pegó la media vuelta y se perdió en los fondos del hotel.

LA REQUISA

Golpeó las manos ruidosamente el oficial de policía. Lo acompañaban dos vigilantes:

—¡Vamos... ¡A vestirse!

El tramoyista abrió los ojos y se incorporó en el lecho. Quiso decir algo, pero, un acceso de tos golpeó su pecho y congestionó su rostro.

—¡A vestirse!... — insistió el oficial.

—¿Qué ocurre, señor? — al fin pudo preguntar el bebedor empedernido.

El camarero que observaba con manifiesta alegría el espectáculo, aclaró:

—Es la requisa...

Sandalio Salas saludó a la gente de uniforme con su inclinación de vendedor de tienda.

—¿No bastan estos documentos? — dijo al tiempo que exhibía un pasaporte caduco y una cédula de identidad.

—No señor. Tienen que acompañarnos hasta la comisaría seccional.

Soñolientos y perezosos fuimos saliendo unos detrás de otros. Sandalio marchaba adelante, junto al oficial, ardiendo en deseos de ser escuchado.

—¿Sabe usted, señor oficial, por que he venido a parar aquí?...

—No me interesa, señor — respondió el policía.

En la oficina de guardia nos inscribieron en un libraco de [illegible] y luego nos condujeron a una estrecha dependencia donde un vigilante morocho y compadrón nos pasó un rodillo alquitranado por las yemas de los dedos para tomarnos las impresiones digitales. Después, sin miramiento alguno, nos alojaron en la cuadra.

Sobre el duro y frío colchón de portland nos acomodamos. Eramos cinco y sólo nos dijimos las buenas noches.

EL INTERROGATORIO

El comisario no parecía preocuparse mayormente por los cinco detenidos la noche anterior, en la pieza del hotel de Solano. Al cabo de treinta horas nos hizo llevar a su despacho.

Era un hombre de belfo abultado y mirada corrosiva. Nos examinó a uno por uno deteniéndose más en la facha sombría del "Zurdo".

—Vos has estado aquí otra vez — le dijo.

—No, señor comisario. Usted debe estar confundido — defendióse el "Zurdo".

—¡Yo no me confundo nunca! — afirmó en tono agriado la autoridad. Y dirigiéndose al sargento que nos había llevado a su presencia, agregó:

—Páselo al calabozo.

Mi compañero de la derecha insistió en su defensa:

—Vea señor comisario, yo soy un hombre honesto sin trabajo...

—Caminá...

El viejo canario pedigüeño, el contratista de estrellas de servicio doméstico, el ex picapleitos y yo, permanecíamos en el despacho esperando la resolución policial.

El comisario se entretuvo un rato con un cortapapel de metal sobre el vidrio del escritorio y luego, nos dijo:

—Y ustedes, ¿qué hacían en ese hotel?

—Dormíamos, señor — respondió Sandalio.

—¿No tienen casa?

—No tenemos familia...

—¿Y no saben que ese hotel es dudoso y que más que casa de huéspedes es guarida de ladrones?

—Nosotros, señor —díjole el guitarrero— somos gente de paz y no nos entrometemos en manejos sucios. Pagamos un peso por la cama y la mala reputación del hotel no nos alcanza.

—Lo mejor que podrían hacer —aconsejó el funcionario— es alquilar una piecita y dejarse de vagabundear por sitios peligrosos. Pueden retirarse.

El auxiliar tocó el timbre repetidas veces para que nos dejaran la puerta franca y después de interminables horas salimos a la calle. El tramoyista gesticulaba de indignación. La noche al raso acentuó su malestar y sentía un agudo dolor en las articulaciones. Renegaba contra la policía, contra el orden de las cosas y de las instituciones y como nadie discutió sus violencias, menoscabó el honor de su propia familia.

En la esquina nos separamos y cada uno tomó un rumbo distinto.

EN LA COFRADIA

Esa noche Sandalio Salas desertó de la miserable cofradía del hospedaje. Faltaba también el "Zurdo" sobre quien un anónimo hizo recaer sospechas graves de ser autor de la muerte de la Nucha. El número de los inquilinos no había sufrido variante alguna y esas mismas camas las ocupaban ya dos ladronzuelos veloces —"El Liendre" y "El Sapo"— que trabajaban en las aglomeraciones.

La habitación me pareció más desolada sin la sonrisa de Sandalio Salas. Sentía su ausencia en el alma como un remordimiento por no haberle ofrecido mi corazón cuando se le caía su tragedia de los labios.

Sandalio Salas desapareció por una calle desconocida del mundo. Pero, antes de marcharse se desquitó de nuestro silencio narrándonos su tragedia en cuatro palabras que estampó con lápiz azul en la pared del retrete.

Decían simplemente: "Sandalio Salas: Marido Consentido".

Desgastado de insomnio me arrojé de la cama y salí del hotel. En la puerta del Puchero Misterioso, Indalecio y el "Silencioso" retomaban el eterno diálogo inútil y absurdo; y junto al mostrador de estaño mojado de caña, Pelito Verde con su tono pueril preguntaba:

—Decime, ¿vos creés en Dios, rata...

(ILUSTRO PREMIANI)

E. GONZALEZ TUÑON

NUEVOS POETAS

HAJARASCA DE PASION

Adormidas, en las almas sensitivas,
(Recompensa de luchas y asperezas,
Del trajinar prosaico del vivir),
Laten ansias siempre vivas, inconfesas,
De rimar con plenitud otro sentir.

Junto al ser imaginado con fervor
Pisando hojarasca de pasión,
Las ansias refundidas, bien unidos,
Seguir por un sendero, a la ventura...

Do nos quiera llevar el corazón,
El cántico, el murmurio,
De una ilusión de amor,
Excelsamente bella:

Para EL una gran consagración;
Todas las ofrendas para ELLA.



El señor C. Galván Moreno acaba de publicar un libro de versos titulado "Hojas sueltas". Es su primer libro de poeta, un libro de formas algo elementales, pero de fuerte tono emotivo. Reproducimos una de las páginas del libro del poeta nove..